







EL HOMBRE EN LOS CAMPOS





El hombre en los campos

Manuel de Paz Sánchez y Carlota Alfonso Da Costa [ed.]

Directora de arte: Rosa Cigala

Primera edición (en Ediciones Idea): 2011

© De la edición:

Ediciones Idea, 2011

© De la documentación, edición y notas:

Manuel de Paz Sánchez y Carlota Alfonso Da Costa

Ediciones Idea

• San Clemente, 24, Edificio El Pilar,
38002, Santa Cruz de Tenerife.

Tel.: 922 532150

Fax: 922 286062

• León y Castillo, 39 - 4º B

35003 Las Palmas de Gran Canaria

Tel.: 928 373637 - 928 381827

Fax: 928 382196

• correo@edicionesidea.com

• www.edicionesidea.com

Fotomecánica e impresión: Publidisa

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN: 978-84-8382-

Depósito legal: TF-

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por medio alguno, ya sea eléctrico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y expreso del editor.



INTRODUCCIÓN






El manuscrito autógrafo de esta obra se conserva en el Archivo de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife¹. Más que una traducción, en el sentido actual del término, tendríamos que hablar de una adaptación o, mejor, de una versión de José Viera y Clavijo sobre el texto original de Delille. Así lo especifica el propio Viera en la «Advertencia del Traductor» que se transcribe a continuación. Es una práctica común, suficientemente conocida y estudiada por los especialistas en la materia².

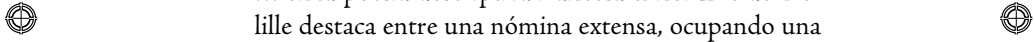
¹ Una primera versión de este trabajo se publicó por los actuales editores, así como también por Miguel David Hernández Paz y Zulaika Navarro Abreu en *NAUTIS ET INCOLIS: Boletín de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife*, 2009, pp. 106-183.

² VICTORIA GALVÁN GONZÁLEZ: «La poesía traducida de Viera y Clavijo», en *DICENDA. Cuadernos de Filología Hispánica*, 20, pp. 73-103, 2002, afirma al respecto lo siguiente: «En el último poema traducido con prólogo, *El Amador de los Campos* –según copia de J. Padilla conservada en *El Museo Canario*–..., tras explicar las razones personales que motivaron su escritura, vuelve a comentar las omisiones, de individuos, aconteci-



Victoria Galván, en su ensayo antes citado, señala, además, que la traducción de obras poéticas en la producción de Viera y Clavijo ocupa un espacio nada desdeñable, a tenor del número de obras, conservadas o no, que el propio autor incluye en sus *Memorias*. Hablamos de unas veintiocho traducciones, entre las que se menciona, con el número doce, *El hombre en los campos o las Geórgicas* de Delille (Canaria, 1802), indicando la autora mencionada que «también se conservan otras copias con el título *El Amador de los campos o las Geórgicas*».


Según Galván,



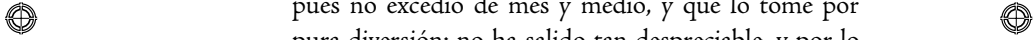
... en la poesía descriptiva francesa el nombre de Delille destaca entre una nómina extensa, ocupando una posición de privilegio. Su traducción de *Las Geórgicas* suscitó comentarios diversos, que discutían su atrevimiento. El triunfo de la agronomía –en la Francia de los fisiócratas– coadyuvó al éxito de sus poemas de la naturaleza, como el que versa sobre el arte de hermostrar los jardines³.

mientos políticos, a su juicio superfluos y de escaso interés... Estas libertades... se hacen en aras de una buena traducción y, por tanto, aunque Viera respeta los originales, se toma pequeñas licencias. Conocida es la flexibilidad de los traductores del siglo XVIII y las varias posibilidades que oscilan desde la más pura traducción a la versión altamente modificada, que viene a ser una recreación del original» (p. 82).

³ Op. cit., p. 77.



A *Los Jardines o el Arte de hermohear paisajes*, subraya Rafael Padrón, se refiere el propio Viera en una carta que, el 9 de abril de 1792, remitió al marqués de Santa Cruz, y cuyo contenido es el siguiente:



Con esta ocasión diré, que en primera oportunidad de portador pienso remitir á V. E. la traducción, que hice durante algunos días de vacaciones del último verano, del célebre Poema de los Jardines del Abate Delille, de la Academia Francesa. Acuérdome, que D.n Gaspar de Jovellanos me hizo conversación alguna vez del gran deseo que tenía, de que hubiese quien pusiese en verso castellano dicha preciosa obrita; y me parece, que respecto al corto tiempo que consumí en este trabajo, pues no excedió de mes y medio, y que lo tomé por pura diversión; no ha salido tan despreciable, y por lo mismo, he querido dedicarla á mi querido ahijado el Señorito Marques del Viso, poniendo su amable noble á la frente del Manuscrito⁴.

El poeta francés Jacques Delille, conocido de Viera y Clavijo tal como nuestro biografiado indica en su nota preliminar, nació en 1738 y falleció, en París, en 1813, justamente el mismo año que el canario, que era siete años mayor que él. Durante un tiempo ostentó el

⁴ JOSÉ VIERA Y CLAVIJO: *Vos estis Sol. Epistolografía íntima (1770-1783)*, edición crítica de Rafael Padrón Fernández, CSIC, Madrid, 2008, p. 261-262.



título de abad, ya que era propietario de la abadía de San Severino, pero abandonó la carrera eclesiástica y obtuvo autorización para contraer matrimonio.

Hijo natural, fue reconocido por el abogado del Parlamento de Clermont-Ferrand, Antoine Montanier, que murió poco después, habiendo testado una modesta pensión de cien escudos. Realizó sus primeros estudios en Chanonat y posteriormente en París. Ejerció la docencia en diferentes lugares. Demostró grandes aptitudes para la poesía didáctica.

El éxito le sobrevino a raíz de su traducción de las Geórgicas de Virgilio, que dio a la estampa en 1770. Voltaire alabó la obra, indicando que «no se podía rendir mejor tributo a Virgilio y a la nación».

En 1774, tras un intento fallido dos años antes, fue elegido miembro de la Academia francesa, y, además, pasó a ocupar el sillón de poesía latina en el College de France.

Su obra *Los Jardines*, ya mencionada, pasa por ser su poema más célebre. Lo publicó en 1782. En 1799 se casó con Marie-Jeanne de Vaudechamps, con la que había convivido desde 1786.

El estallido de la Revolución perjudicó sus intereses materiales. Sobrevivió y marchó al exterior, pasando a residir en Suiza, Alemania e Inglaterra. Durante su exilio en Suiza, estimulado por su mujer, compuso precisamente *El hombre en los campos*, e inició la elaboración de *Los tres reinos de la naturaleza*. En Alemania



compuso *La Piedad* y, finalmente, tradujo *El Paraíso perdido* de Milton, durante su estancia en Londres.

Retornó a Francia en 1802, año en el que Viera tradujo *El hombre en los campos*. Volvió a ocupar su puesto en la Academia y en el College de France. Falleció, ciego como Homero, a principios de mayo de 1813.

Respecto a la presente edición conviene aclarar que, en términos generales, se ha modernizado la ortografía, aunque se especifican las modificaciones a pie de página.

Por otro lado, para las notas eruditas relacionadas con temas mitológicos, se han utilizado, principalmente, dos obras de referencia. El *Diccionario de mitología griega y romana* de Pierre Grimal (2002), y, asimismo, el *Diccionario abreviado de la fábula* de Mr. Chompré (edición en español de 1783)⁵, importante ya que la obra es contemporánea de Delille y del propio Viera y Clavijo.



⁵ Se imprimió por Manuel de Sancha, en la capital de España y en la fecha indicada. Hemos utilizado la edición facsímil de Librerías París-Valencia, Valencia, 2000.








EL HOMBRE EN LOS CAMPOS

**O LAS GEÓRGICAS
DE JACOB DELILLE**



José Viera y Clavijo






Advertencia del traductor

Cuando tuve el singular gusto de pasar por la vista, un año después de impreso en Strasbourgo⁶, este Poema del *Hombre en los campos* o *Geórgicas* de Jacob Delille, se halló mi ánimo como sin arbitrio para resistir a la placentera tentación de emprender su traducción en verso castellano. Los motivos que me invitaban a ella eran poderosos. Yo había traducido, en 1790, el otro bello Poema suyo de *Los Jardines*; había conocido, doce años antes en París, al célebre autor, y allí empecé también a traducir sus famosas *Geórgicas* francesas de Virgilio⁷, bien que distraído en este trabajo, lo que adelanté fue muy poco. Yo me sentía agitado de las emociones que

⁶ Estrasburgo.

⁷ Publio Virgilio Marón (70 a 19 a. C.). Autor de las *Bucólicas*, las *Geórgicas* y la *Eneida*. Su extraordinaria obra muestra una gran perfección estilística. Tras el asesinato de César y el estallido de la guerra civil vio peligrar su patrimonio.



excitaban naturalmente en mi corazón, unos frescos y deliciosos cuadros de la Naturaleza, cuyas multiplicadas escenas siempre han sido para mi estudio, tan interesantes como atractivas. Ocupábase a la sazón en la formación de un Índice General Alfabético de los tres reinos de la Historia Natural de las Canarias. Estaba casi con el pie en el estribo para pasar, en los primeros días de otoño, a uno de los más alegres campos de estas Islas, y a una de las Quintas más elegantes de un caro amigo, que debía acompañarme en esta recreación, así como me ha acompañado siempre en el amor a las apacibles ocupaciones de la vida campestre; y este Poema era uno de los libros que habían de ser de la partida. Y sobre todo, yo era deudor del conocimiento y la posesión de tan preciosa obra al favor de otro ilustre amigo mío de Tenerife, que adornado de sensibilidad, de gusto, de instrucción y de las prendas más amables, quizá no había querido lisonjear mi curiosidad con ella, sino con la esperanza de que mi afecto al Poeta, y mi inclinación a este género de versiones, añadirían un nuevo servicio al idioma patrio y a su literatura.

Con efecto, luego que tuve comodidad, emprendí la presente traducción, apropiándome, en cierto modo, la obra original, para usar de ella con aquella juiciosa libertad que es indispensable, si se quiere que una poesía francesa salga en español más fluida, más concisa y, en algunas cosas, más perfecta, lo que nace de la distinta clase de versificación y del carácter de su sintaxis.



Pero ¿en qué idioma, sea el que se fuere, no habrá de interesar (como dice el autor) este suave y brillante empleo de las riquezas de las Estaciones, y aquella prodigiosa fecundidad de la Tierra, que recrea la soledad virtuosa, que divierte la vejez desengañada, que presenta las bellezas agrestes con colores graciosos y felices combinaciones, mudando en pinturas risueñas las escenas de la Naturaleza, aun las más salvajes y sin aliño?




Está dividido este Poema en cuatro Cantos. En el primero se nos delinea un sabio, que con sentidos más perspicaces, y con ojos más ejercitados que los del vulgo, recorre las innumerables decoraciones campesinas, y multiplicando con sus sensaciones sus gozos, sabe hacerse dichoso en su granja.

En el segundo Canto se pintan las diversiones útiles del Labrador, no ya en la agricultura ordinaria, sino en la maravillosa, cual es aquella que no se contenta solo con sembrar y coger; sino que triunfa de los obstáculos, perfecciona las producciones indígenas, co-naturaliza las extranjeras y recorre los campos, ya como una diosa, que va sembrando beneficios, ya como una hechicera, que pone en ejecución los encantos.

El tercer Canto está consagrado al observador naturalista, el cual llena de interés sus mismos paseos y sus viajes, de rarezas su habitación; de ocupación sus ocios y se forma un gabinete selecto de Historia Natural.


En fin, el cuarto Canto enseña cómo el poeta debe celebrar los campos y sus fenómenos en versos, dignos






de la Naturaleza; y aquí es donde se ha esforzado el autor a caracterizar con su pluma los más halagüeños y pomposos rasgos que ella nos presenta.

Como el señor Delille introduce en su Poema algunos puntos que le eran demasiado personales, o relativos a juegos, individuos y acontecimientos políticos de su país, en los cuales tenemos acá poquísimos interés; creí deber tomar el partido de omitirlos, bien seguro de que el lector no hará por eso ninguna pérdida sustancial.



Y como en las Notas eruditas, que componen casi la mitad del volumen, se advierte también cierto lujo y superabundancia de especies; consultando yo siempre con mi amor a la sobriedad en todas las cosas, no he trasuntado más que aquellas que me han parecido más instructivas y más raras.



Canto Primero



Con grata voz pudo en un tiempo Horacio⁸
Leyes dictar al Arte de los versos;
Pudo Virgilio hacer, con sus lecciones,
Que el campo dócil diese frutos nuevos;
¿Y se podrá enseñar también el modo 5
De gozar? ¿Y gozar de un campo ameno?
Creo que no, así mis simples cantos,
Procurando evitar el tono austero;
Vienen solo a ofrecer la imagen dulce
De la Naturaleza, conociendo, 10
Que quien aprende a verla, aprende a amarla.



⁸ Quinto Horacio Flaco (65 a 8 a. C.), es el principal poeta lírico y satírico en lengua latina.



Vosotros mismos inspiradme el metro,
Sitios hermosos, plácidos asilos,
En donde el corazón puro, contento
Del íntimo placer, con que se embriaga 15
Jamás llega a tener remordimientos.
Sabe amar la virtud quien ama al campo,
Y es este bien asunto de mi plectro
Saborean muy pocos sus delicias,
No bastan los sentidos, si en el pecho 20
De gustos inocentes y loables
No aciertan a nacer los sentimientos.

¡Oh vosotros! Los que salís al campo
En busca de la dicha y del recreo,
A los Faunos⁹ y Dríades¹⁰ del soto 25
No ofrezcáis sino un puro y suave incienso,
¡Qué hechizos hallaréis, si vuestros ojos
Sabén mirar y discernir lo bueno;
Mientras el hombre agreste no distingue
El sitio, la estación, la hora ni el tiempo! 30
Todo interesa al sabio, ya las gracias
Con que empieza a hermostearse algún objeto,
Ya los mismos desmayos con que corre

⁹ Deidades silvestres romanas, cuyo nombre deriva de Fauno y que, igual que los silvanos, habitan los bosques. Equivalen a los sátiros de los griegos.

¹⁰ También Dríadas, ninfas que presidían bosques y selvas. En la mitología griega son las ninfas de los robles en particular y de los árboles en sentido amplio. Se las relaciona con el Árbol-Jardín de las Hespérides como protectoras de las manzanas de oro.



⊗

A desaparecer del Universo;
 Pues vuela el corazón, con ansia amable, 35
 Tras el placer, producto de un momento,
 ¡Y quiere detenerlo, al paso que huye!
 Diviértele la Aurora¹¹ y el Lucero,
 Cuando van desplegando, con el día,
 De las flores la gala y el aliento. 40
 Diviértele la tarde, cuando deja
 El Astro de la luz este hemisferio,
 Y el horizonte lánguido, se tiñe
 Con triste susto, de un rubor modesto;
 De aquel primero cuadro enamorado, 45
 Aún en combates, nos pintaba Homero
 Con sus dedos de rosas a la Aurora,
 Abriéndole el Oriente al rubio Febo¹²;
 Y del segundo el buen Lorrain¹³preciado,
 Retrato fiel, con sus pinceles bellos, 50
 Los últimos instantes y arreboles
 De un claro día al expirar sereno.
 De las cuatro estaciones las mudanzas
 Estudios son que no interesan menos:

¹¹ Hija de Titán y de la Tierra, preside el nacimiento del día.

¹² Febo o Apolo, es decir, el sol.

¹³ Claude Gellée, conocido por Claude Lorrain o Claudio de Lorena (en español), Lorena, 1600 - Roma, 1682. Pintor francés establecido en Italia. Clasicista. Sus panorámicas bucólico-pastoriles y, en general, su dominio del paisaje y de la luz le dieron fama universal.



Tiene el año su Aurora, como el día; 55
¡Triste de aquel que pierda este embeleso!
No se deleita tanto en frescas flores
La nueva mariposa, que saliendo
Con iguales matices de su tumba,
Las va libando en su indeciso vuelo, 60
Como en la primavera se solaza
Lleno de admiración el sabio cuerdo.
Entonces a Dios libros, por que él halla
De la Naturaleza el libro abierto.
Mas si estos bellos días nos alegran 65
Como primicias de un benigno tiempo,
También los días, cuando van menguando,
Tienen no sé qué mérito halagüeño.
Del bosque ya las macilentas hojas, 70
Del sol los tibios pálidos reflejos
En la suave tristeza que ocasionan
Percibe el alma un interés muy tierno.
Vemos la primavera con el gusto
Con que al amigo que lloramos muerto;
Y al triste otoño, como cuando damos 75
Adioses al amigo, ya dispuesto
A emprender una ausencia dilatada,
Y nos aprovechamos con anhelo
De las últimas horas de su trato,
Hallando en tal pesar ese consuelo. 80
Perdona tú, ¡Oh estío majestuoso,
Si he dejado tus gracias en silencio!



Admiro tu esplendor, pero me asusta
Tu genio vivo, y solo te agradezco
Aquellos días, que en templadas auras 85
De otoño y primavera son remedo.

Mas ¡Ah!, ¿qué digo yo? No, si tus días
Fatigan con su ardor, llegan tras ellos
Tus hechiceras venturosas noches,
Que prestan a la tierra el refrigerio. 90

Entonces nuestros ojos, descansando
De la pompa del sol, ven en el cielo
A su modesta hermana que reviste,
Con su argentada luz, al llano extenso, 95

Al hondo seno del oscuro valle,
Y frente erguida del montuoso cerro,
Filtrándose por ramas de los robles,
Temblando sobre el agua en movimiento.

Cargado de estos gozos del verano,
A la villa retorno en el invierno; 100

Mas, si quedo en el campo, soy testigo
De otras escenas de infinito precio:
De la nieve que cubre todo el campo,
De los pendientes témpanos de hielo¹⁴,
De la escarcha que alfombra los ejidos, 105
Del humo azul que sale por los techos.
¡Y qué gusto no da cuando se asoma

¹⁴ «Yelo» en el original.

Con limpio sol un día placentero!
 Él se parece a la sonrisa amable
 De una joven llorosa, pues es cierto 110
 Que la triste campiña por un rato
 Recobra su hermosura; y vale menos
 De mayo el mejor día, que este rayo
 De luz consoladora que da enero.
 ¿Y si encuentra mi vista en una loma 115
 Un resto de verdor? ¡Ah! Cómo siento
 Dulces memorias, dulces esperanzas,
 Y en medio de los fríos, prendas tengo
 Del buen tiempo que traigo a la memoria,
 Y del buen tiempo que con ansia espero. 120
 ¿El cielo se encapota? En una sala
 Con buena compañía, junto al fuego,
 Sabré abreviar las largas prima-noches
 Con varios divertidos pasatiempos.
 Así, no es el invierno un dios ceñudo 125
 De la tristeza amante, es un buen viejo
 Que se conserva alegre todavía,
 Y cuyas canas no ocasionan tedio.
 Mas cuando lucen ya los largos días,
 Los placeres son vivos, son inquietos: 130
 Se abandonan las cartas mal pintadas,
 Y se dejan los dados y tableros
 A los que en la ciudad, fatuos, adustos,
 En la ociosa tarea de los juegos,
 Pretenden divertir con la avaricia 135



Su infeliz mal humor y aburrimiento.
De ellos huyamos, ya los aires puros
Las claras aguas, y los bosques densos
Nos convidan a nobles diversiones
Con traíllas, con redes, con anzuelos. 140

Musa silvestre, compañera vaga
De Ninfas¹⁵, de Silvanos¹⁶ y Nereos¹⁷,
¡Ea descíendele!, ven a conducirme
Por tus gratas moradas y senderos
Puesto que el espectáculo del campo 145
Fue el que inspiró sin duda el primer verso.

Bajo la espesa copa de estos sauces,
Donde se alojan con feliz acuerdo,
En las siestas de días calorosos, 150
La fría sombra y el arroyo fresco,
Se aposta el pescador, paciente, mudo,
Su líña arroja al agua: mira atento,
Inclinado e inmóvil, la onda pura,
Y palpita de gozo al ver de lejos,
Hundirse el corcho, vacilar la caña... 155

¿Y qué imprudente pez, mordiendo el cebo,
En la trampa cayó, y está colgado
Del anzuelo fatal? ¿Será, en efecto,

¹⁵ Diosas, hijas del Océano y Tetis, o de Nereo y Doris.

¹⁶ Silvano es el dios de los bosques, y por extensión se llaman silvanos los dioses campestres.

¹⁷ Nereo es un dios marino, hijo del Océano y de Tetis. Casó con su hermana Doris y tuvo cincuenta hijas, las Nereidas o Ninfas del mar.





El ágil trucha? ¿La dorada carpa?
¿La perca, orlada de color bermejo? 160
¿O la anguila sagaz, que se desliza
Por el cristal, formando largos cercos?
Mas, si a los moradores de los aires
La guerra se hace, el cazador experto
Toma en sus manos el terrible tubo, 165
Imagen del nublado ceniciento,
Levántalo a nivel del ojo osado,
Que lo conduce; emplea el golpe fiero;
El relámpago brilla; parte el rayo;
Óyese al punto el formidable trueno... 170
¿Y quién víctima fue del cruel granizo,
Esmaltando con sangre el verde suelo?
Fue la tórtola fiel y gemebunda; 175
¿O fuiste acaso tú, joven jilguero,
Que has muerto, junto al nido de tu amada,
Sin poder poner fin a tus gorjeos?
Victoria inútil; triunfo poco honroso
De un inocente pájaro indefenso:
¡Ah, musa mía! Con voz tierna implora
La piedad a favor de estos pequeños, 180
Dulces cantores de la selva opaca;
Y no consagres al morir funesto,
Sino los animales que, dañinos,
A rebaños y mieses, merecieron
Ser la digna conquista de un convite, 185
En que pueda campear nuestro denuedo.



Ya del cuerno de caza estrepitoso
 Oigo el clamor, que se repite en ecos:
 El fogoso caballo, conmovido,
 Agita la pesuña, tasca el freno: 190
 Y al rumor del asalto que amenaza,
 Atónito, temblando, duda el ciervo,
 Si habrá de huir o deberá hacer rostro,
 Si usará de sus pies, siempre ligeros,
 O si contra los bravos cazadores 195
 Presentará sus enramados cuernos...
 Dura un rato la duda; mas al cabo
 Puede más que el valor su justo miedo,
 Y parte, corre, vuela y en un punto
 Lejos está del bosque y de los perros. 200
 Tras él se arroja el rápido caballo
 Con el jinete, que inclinando el cuerpo
 Sobre las crines, atraviesa el parque,
 Roza los surcos, y de polvo seco
 Levanta un torbellino que lo encubre. 205
 Igualmente persiguen los sabuesos
 Al ciervo fugitivo por la pista
 De los efluvios, que les trae el viento.
 Viéndose ya apurado, solicita,
 Depuestos ciertos modos altaneros 210
 Con que reinó en el soto, algún amigo,
 Que defienda su vida: él va corriendo
 Por las vastas florestas, que le traen
 Caras memorias, dulces pensamientos,



De cuando en ellas disfrutó dichoso 215
Del placer, del honor y del imperio;
Y de cuando las rocas repetían
Sus bramidos de amor y vencimiento.
En vano un ciervo, mozo temerario,
En lugar suyo se presenta al duelo; 220
Por el olfato el perro lo distingue,
Y siguiendo al mayor, lo da al desprecio.
Aquel, como una flecha disparada,
Va dando saltos, sube, baja en cercos,
Cruza el camino a fin que de su rumbo 225
No pueda nadie hallar vestigio cierto.
Alguna vez se para... mira... escucha...
Vuelve a correr, y ya el cercano estruendo
El ánimo le postra, llega al río,
Deja la tierra infiel, se arroja dentro..., 230
Mas el triste no muda de fortuna
Por más que haya mudado de elemento.
Los mastines sudados lo persiguen,
Sin que beban el agua, pues sedientos
Solo están de la sangre del venado, 235
Que ya sin esperanza y sin remedio,
Apellida al furor: ¡Ah! Ya es muy tarde;
Y si en lugar de ardides, desde luego
Hubiera recurrido a la bravura,
Su desgracia ilustrara, en fin, queriendo 240
No morir sin venganza, a sus contrarios
Garboso se presenta, y con despejo





Lucha con todos, paga con heridas
Las mordeduras... ¡infructuoso esfuerzo!
¿Y de qué le ha servido lo elegante 245
De su noble figura? ¿Lo soberbio
Del ramaje sin par, que lo corona?
¿Ni sus pies que eran alas? ¿Si el adverso
Destino de la caza lo persigue?
Vacila, cae sin pulsos y muriendo, 250
De lágrimas derrama dos arroyos,
Que causan compasión aun a los reos.

Después de estos ardientes ejercicios,
Te convida mejor divertimento,
Si a las delicias rústicas asocias 255

De Bellas Letras y Artes el recreo...
Sí, Humanidades, sí ¿y en qué paraje
De dar placeres no tenéis derecho?
El sabio os debe sus felices horas,
Se duerme en vuestros brazos, y del sueño 260

Para vosotras despertar procura;
Por que sois en sus males el consuelo,
En sus fortunas, el brillante ornato,
El tesoro, el honor, el amor tierno
De sus mejores años, la esperanza 265

De su vejez, el plácido cortejo
De sus viajes, y el fondo más seguro
De su paz, sus virtudes y deseos,
Tanto que mira como grato asilo
Las mismas extrañezas de un destierro: 270



Tal Tulio Cicerón, que a Roma ingrata
Dio en Túscolo al olvido¹⁸, sin saberlo.
Mas en las diversiones de mi quinta
Todavía una cosa echo yo menos.
Quiero que mis amigos me visiten, 275
Que pueblen y que adornen mi desierto,
Que me den parte en sus satisfacciones,
Y que en las mías me acompañen ellos.
De mi edad juvenil, ¡Oh caros días!
Cuando amante del campo (bien me acuerdo) 280
Lo amaba cual poeta, y deseaba
En soledad tener por compañeros
Árboles, aves, brutos, fuentes, flores.
Cuando gustaba ver un bosque espeso, 285
Que batido de fuertes huracanes,
Hacían sus copas grandes bamboneos;
Marchar sobre la nieve que crujía,
Y oír de los torrentes el estruendo.
Pero todo ha pasado, ya mi sangre, 290
Con más templado ardor, va prefiriendo
A la necesidad de los sentidos,
Del alma los enérgicos afectos,



¹⁸ Marco Tulio Cicerón (106 - 43 a. C.), es autor, entre otros textos fundamentales, del titulado *Debates en Túscolo* (*Tusculanae Disputationes*), en el que se analizan cuestiones de ética filosófica. Los cuatro primeros libros se ocupan de la muerte, el dolor, la aflicción y otras perturbaciones del ánimo, mientras que el quinto está dedicado a la superación de esos problemas.



Y ya el campo más rico no me agrada,
 Si no hallo a quien decir: ¡Qué bueno está esto!
 Adornemos el cuarto preparado 295
 Para el amigo fiel, para el sincero
 Pariente, que verá con regocijo
 Todos los puntos del querido huerto,
 Donde en mejores años travesaba,
 Para mi padre anciano, que risueño 300
 Recogerá la sazónada fruta
 De arbolitos, plantados por él mismo;
 Y al verlo allí, se ha de poner sin duda,
 Más lozano y florido todo el predio.
 Si es un pintor el huésped, ¡Ah, qué cuadros 305
 De los puntos de vista más selectos,
 Y de las perspectivas más graciosas
 Pondrá en mi galería! ¡Con qué aprecio
 De las personas que venero y amo,
 Obtendré los retratos y los lienzos! 310
 Estos sitios amados de los vivos,
 Serán también amados de los muertos:
 ¿Y por qué no exigir sobre la margen
 De un quejumbroso arroyo, y bajo el velo
 De algún ciprés o sauce babilonio, 315
 De un caro amigo el sacro mausoleo?
 ¿Qué descanso más propio? Este es el uso,
 De que nos dan la norma los helvecios,
 Cerca de algún remanso de las aguas,
 Y en el fondo de un bosque verdinegro, 320

Colocan los sepulcros; plantan flores,
 Que calman su dolor, tal vez creyendo
 Que en el olor de una purpúrea rosa
 Respira el alma del cadáver yerto.

¿Y no consagraremos algún sitio 325
 A los que ejercitaron sus ingenios
 En elogios de Ceres¹⁹ y los Faunos?
 ¿A Teócrito²⁰ un mármol no daremos?
 ¿Un bosque no daremos a Virgilio?
 No, yo no aspiro; no, yo no pretendo 330
 Tener al lado de ellos mi sepulcro,
 Mas si algún ciudadano del Parnaso²¹,
 Devoto generoso de mi musa,
 Quiere honrar mis cenizas, yo le ruego,
 Que el cantor de los campos y jardines 335
 No quede en el fracaso de los pueblos.
 ¡Oh valles!, que habéis sido mis amores,
 Collados, que he cantado placentero,
 Permitid se establezca entre vosotros
 Mi tosco y perdurable monumento, 340
 A la sombra de un álamo temblante,

¹⁹ Hija de Saturno y de Cibeles. Diosa de la agricultura, que enseñó en sus largos viajes con Baco. Particularmente transmitió sus conocimientos sobre el arte de cultivar la tierra al príncipe Triptolemo.

²⁰ Teócrito (Siracusa, Sicilia, hacia 310 - 260 a. C.), poeta griego fundador de la poesía bucólica y pastoril, y uno de los más destacados del Helenismo.

²¹ Monte de Fócida, consagrado a las musas.

Por donde pase un rápido arroyuelo.
Se han cumplido mis votos: ya unas Ninfas
Que del Vístula son honra y portento²²,
En sus jardines mágicos, al lado 345
De Saint-Lambere, de Thompson y Gesnero²³,
Preparan un lucilo²⁴ a mi memoria.
Pero, ¿qué hacéis? No, no, yo no merezco
Tan grande distinción, que estos tres nombres
Decaerán de su gloria y su concepto. 350
Un rincón ignorado a mí me basta,
Y estaré bien pagado, si en mi obsequio
Practicáis las lecciones de mi Lira;
Si en la calma de asuntos turbulentos
Enriquecéis y mejoráis los campos, 355
Y si una u otra vez se escucha el eco,
Bajo las frescas sombras de esos sotos,
De mi amor, de mi nombre y de mis versos.

²² Véase Nota I original al final del poema.

²³ Véase Nota I original, citada. Además, tal como escribe Juan Cano Ballesta («Utopismo pastoril en la poesía dieciochesca: la «Égloga» de Tomás de Iriarte», <http://www.cervantesvirtual.com>), la faceta utilitaria de la visión de la naturaleza es una contribución muy propia del siglo XVIII. Jean-François de Saint-Lambert, que a su vez, como él mismo reconoce, se mueve en la tradición de James Thomson y Salomon Gessner, en sus poemas *Les Saisons* (1769) ayuda al despegue de la clásica tradición arcádica de pura ficción hacia una naturaleza real y útil a los hombres, percibida con enfoque científico, humanitario y filosófico. Saint-Lambert dice en su *Discours préliminaire* que la poesía debe proponerse *conmover y graver dans le coeur et la mémoire des hommes des vérités et des sentiments utiles ou agréables*.

²⁴ DRAE: «Urna de piedra en que suelen sepultarse algunas personas de distinción».



Mas, entre tanto no olvidemos nunca,
 En cualquiera ciudad o lugarejo 360
 Que la comunicada solo es dicha,
 Por que felice o infelice, es cierto,
 Que el hombre necesita de otros hombres,
 Y vive a medias quien, en sus contentos,
 Solo para sí vive: ¡Ea! Vosotros, 365
 Para quienes han sido forasteros
 Los prodigios del campo y su alegría,
 Procurad hacer bien y veréis presto
 Cómo el campo os agrada, que en el campo
 Quiere bondad la dicha, para serlo. 370
 En las ciudades todo está confuso,
 Cuando en el campo brilla el paralelo
 De la choza y la quinta; de la ilustre
 Ociosidad del prócer opulento,
 Y la activa miseria del que es pobre... 375
 La bondad llega entonces, y al momento
 Las envidias desarma, restituye
 La fortuna a equilibrio; da remedio
 A la adversa estación, y va dejando
 Alguna rubia espiga al jornalero 380
 En el campo labrado con sus manos,
 Desafiando los soles y aguaceros.
 ¿Y en dónde el cielo más que en las campiñas
 Del liberal carácter nos da ejemplos,
 Y de mutuos presentes generoso? 385
 El prado nutre al buey; el buey, paciendo,



Al árbol fecundiza; el árbol chupa
 El jugo de la tierra, y el terreno
 Con las hojas marchitas se estercola:
 Dan las aguas al aire refrigerio; 390
 Y el aire, condensando los vapores,
 En agua los reduce, o en sereno:
 Todos dan y reciben, solo turba
 Un duro corazón este concierto.
 Mirad aquel, que el juego ha maltratado, 395
 Como sube inhumano los arriendos;
 Y como el otro arruina sus caudales,
 Sin que enjuge una lágrima con ellos.
 ¡Oh infatuada riqueza! ¿Qué? ¿No has visto
 A esa viuda infeliz? ¿A estos chicuelos, 400
 Mustios del hambre, a modo de las flores
 Que se hallan faltas del preciso riego?
 ¿A esos viejos sin pan? ¿Mozas sin dote?
 Si de alguna heredad yo fuera dueño,
 La sabría desfrutar, ved aquí cómo: 405
 Hombre feliz, también digno de serlo,
 Rodeado de flores me vería,
 De varias frutas, de árboles injertos,
 Y, sobre todo, de risueñas caras,
 Pues no daría lugar al macilento, 410
 Triste semblante de un menesteroso,
 Que a perturbar llegase mi sosiego.
 Pero, yo tengo horror al hombre ocioso,
 Y mis rejas, azadas, hoces, bielgos,



Entre las manos del necesitado, 415
Su salario serán, y mi provecho.
Aun esto no es bastante, hay otros pobres
Que son ancianos, débiles o enfermos,
Y es forzoso asistirles. Tendré un cuarto,
Donde con orden pródigo y aseo, 420
Estén todas las yerbas y las drogas,
Que en las dolencias son medicamentos.
Los curiosos, que a tiempos me visiten,
Solo celebrarán los aposentos,
Donde vean tapices, cornucopias, 425
Una cama imperial, un gran espejo...
Mas para un corazón bueno y humano,
Será mi botiquín sagrado objeto.
Yo llevaré el remedio a los dolientes,
Y tendrán más virtud, si yo los llevo, 430
Por que han de consolarse. No iré solo:
Yo llevaré mis hijos, cuyos pechos
Palpitarán de compasivo gozo
Al dar al miserable algún dinero.
Irá también tu hija, que adornada 435
Del celeste pudor, será su aspecto
Como el de un ángel bello, aparecido
A la humilde pobreza, ensayo haciendo,
Con timidez de su bondad innata.
De sus costumbres tú eres el modelo; 440
Es tu ejemplo su dote y sus virtudes
Obras son de tus sabios documentos.



¡Oh! fatuos corazones, que tan caros
Soléis comprar vuestros disgustos necios,
Ved y envidiad estos placeres puros, 445
Si de algún placer puro tenéis celos.

Como en la aldea me interesa todo,
El cura me parece su ornamento:
Es un hombre de Dios, que en ciertos días
Reúne por su oficio al dócil pueblo; 450

Presenta al Ser Altísimo sus votos;
Hace bajar los bienes desde el Cielo;
Bendice los sembrados y los frutos;
Alivia el mal; consagra el himeneo;

Recibe al hombre, aún desde la cuna, 455
Guía su vida y al fin lo va siguiendo
Hasta el frío sepulcro: él no abandona

Su pobre Iglesia, su rebaño electo,
Por pasar a más pingüe beneficio,
Pues el pastor glorioso y verdadero, 460

Es a manera de aquel olmo antiguo,
Que arrojando raíces en un puesto,
Con sombra paternal cubre cien años

Las danzas campesinas y recreos.
Él es para su amado vecindario, 465

Por su afabilidad y sus consejos,
Segunda Providencia, pues no hubo
Miseria que escapase a sus desvelos,
Y solo Dios, que premia a bienhechores,
No ignora los felices que él ha hecho. 470

Si se presenta en la cabaña tosca,
Del dolor e indigencia triste centro,
El mal pierde su horror, que quien socorre
La cruel necesidad, al mismo tiempo
Impide los delitos; de este modo, 475
El pobre lo ama, el rico le da inciensos,
Y en su mesa, tal vez, dos enemigos
Se abrazan y retiran satisfechos.

De los amables chicos de mi villa
Él es también el principal maestro: 480

¡Y qué nuevo espectáculo a mis ojos
Son estos grupos de inocentes genios,
Sin cesar enredando por el campo!

¡Qué sabio no verá con gozo extremo
Del hombre en flor la principiante vida, 485
Donde está como en germen y renuevo

El futuro destino y la esperanza
Del aprisco, la granja y el viñado!

El hombre todavía allí no es otro,
Por que la educación con su fermento 490
Artificialmente no ha inmutado

De la Naturaleza los ingenuos
Primordiales conatos; ved al uno,

Que dócil al castigo más ligero,
A una tierna palabra desarmado, 495

Depone su primer resentimiento,
Y enjugando las lágrimas, se ríe;

Y ved al otro, que de humor más terco;



Constante en sus cariños o aversiones,
Baja los ojos, se hace sordo al ruego, 500
Desdeña los regalos, y persiste
En mantener un pérfido silencio:
Tal fue en Roma Catón que, desde niño,
Seguras muestras dio de humor severo²⁵.
 Pero si adivinar quieres sus almas, 505
 Obsérvalos jugando, que en el juego
 Se escapa sin las trabas el instinto,
 Y cada inclinación cobra sus fueros.
El uno, historiador de su barriada,
Refiere las camorras y los cuentos; 510
El otro, nuevo Euclides²⁶, sobre el polvo
Círculos traza, que disipa el viento;
Este, aprendiz de Apolo²⁷, con carbones
Pinta en una pared un caballero;
Aquel, César futuro, arma soldados, 515
La caña es su fusil, tambor su cesto;
Y entre aquellos que tañen la zampona,
Puede resucitarse con el tiempo



²⁵ Marco Porcio Catón (Tusculum 234 a 149 a. C.). Político escritor y militar romano. Se le conoció como *El Censor* (Censorius) y *El Viejo*. En su cargo de censor se distinguió por su defensa conservadora de las tradiciones romanas y protagonizó un duro enfrentamiento con Escipión *El Africano*. Impulsó la guerra con Cartago. Se conserva su texto *De Re Rustica* o *Sobre la Agricultura*.

²⁶ Matemático y geómetra griego, considerado El Padre de la Geometría. Vivió en torno al año 300 a. C.

²⁷ En tanto que dios de las Artes.





Un Jorge Juan²⁸, un Condillac²⁹ o un Locke³⁰,
Si un bienhechor protege sus talentos. 520
Espera, para hallar el lucimiento,
La luz del sol y el llanto de la Aurora;
Mas, entre tanto, el rústico mancebo
Héroe se cree, si con un brazo firme,
Sobre el agua un guijarro arroja diestro, 525
El cual, al recorrer el plano undoso,
Marcha siempre saltando y recayendo.

No tendrán, no, los niños de mi villa
Ni preocupaciones ni embelecocos,
Como en el tiempo en que se hallaba todo 530
De almas en pena y revinientes lleno:
En que al saludador se consultaba,
La bruja untada remontaba el vuelo,
No había sin duende alguna casa antigua,
Nadie se libertaba de hechiceros, 535
Y en las horas nocturnas, con patrañas,
Las viejas a los chicos metían miedo.
Destiérrense ficciones tan nocivas,
Del error hijas, madres del agüero;



²⁸ Jorge Juan y Santacilia (Novelda, Alicante, 1713 - Madrid, 1773), científico y marino español de renombre.

²⁹ Étienne Bonnot, abate de Condillac (Grenoble, 1715 - Beaugency, 1780), filósofo y economista francés.

³⁰ John Locke (1632-1704), pensador inglés, al que se considera el padre del empirismo y del liberalismo.





Contémosles más bien la tierna historia 540
De aquella segadora que en el suelo
Iba dejando su descuido amable.
Las espigas caídas, con intento
De que las pobres, que seguían sus pasos,
Las fuesen poco a poco recogiendo; 545
La historia del buen padre, del buen hijo;
Y de la mano de invisibles dedos,
Que castigó mentiras y calumnias,
Y al triste huerfanito dio alimento.

Lejos de amedrentar a los muchachos, 550
Gocemos de sus gratos pasatiempos:
Por que ¿quién lo creará? Pedantes hubo
Que con un celo bárbaro, indiscretos,
De estos ratos que dan solaz y alivio, 555
Fueron censores críticos, diciendo
Que el recreo es estéril, y le roba
Al estudio y trabajo los progresos.
¡Ah! ¿Qué decís? ¿Con qué ha de prohibirse
Al labrador, al útil jornalero,
En los días festivos su dulzaina, 560
Su merienda, su trago, su festejo?
¿Y a las gallardas mozas de la granja
Sus adornos, sus flores, sus paseos?
No penséis tal y permitid, más justos,
A sus tareas estos cortos premios, 565
Y que den, en su vida laboriosa,
Una parte a la pena, otra al consuelo.



A estas recreaciones aldeanas
Yo mismo asistiré de bastonero,
Y para diseñar los varios ranchos, 570
El pincel de Teniers³¹ es lo que anhelo.
Allí dos viejos, con botella en mano,
Cuentan, poniendo plácidos los gestos,
Uno, sus mocedades y amoríos,
Y otro, en la guerra sus famosos hechos, 575
Cuando el príncipe Eugenio³² y él salvaron
El honor militar en un rencuentro.
Egeria, más allá, doncella hermosa,
Sobre una sogá, atada en un almendro,
Se está, no sin temores, columpiando; 580
Y con la agitación, yendo y viniendo,
Los guardapiés, que el céfiro levanta,
Va sujetando con pudor honesto.
En otra parte, sobre un largo circo,
Hay dos globos rivales que corriendo, 585
Impelidos de mallos vigorosos,
El que entra por el aro, gana el pleito.
La elástica pelota, hacia otro lado,
Conservando en el aire su voleo,
La mano que la arroja, la rechaza, 590

³¹ David Teniers. Pintor y grabador flamenco (Amberes, 1610 - Bruselas, 1690). Sus escenas campesinas y de tabernas se hicieron muy populares.

³² Debe tratarse de Eugenio Francisco, Príncipe de Saboya-Carignan (1663-1736), brillante general austriaco.

Y se sonroja, si se cae al suelo.
En una gran terraza hay nueve bolos
Que en tres líneas están de pie derecho,
Y rodando hacia ellos una bocha,
De aquellas que derriba hace trofeo. 595

La alegría allí ríe, brilla el gozo,
Luce el vigor y agilidad del cuerpo,
Cuyos bien merecidos alborozos,
Y aun el reposo mismo, son un medio
Para que se destierre del cortijo 600
La ociosidad del tiempo venidero.

Yo con sus diversiones divertido,
Rico con sus haberes, muy contento
Con la dicha de hacer hombres dichosos,
Y de poner en vínculo y comercio 605
La choza y el alcázar, complacido
Podré con Dios decir: lo que hago es bueno.



Canto Segundo



Dichoso el que en el seno de su quinta
De los fracasos públicos se aleja,
Y los jardines, artes y virtudes
Cultiva solitario y sin molestias.
Tal cuando en Roma la sangrienta mano 5
Del Triunvirato desgarraba fiera
Los miembros de aquel cuerpo estremecido,
Virgilio, desdeñando las contiendas,
Con el eco del nombre de Amarilis³³,
Encantaba los prados y las selvas. 10
Calmados ya los trágicos furores,
Fue a la ciudad, mas, solo con la empresa



³³ Alusión a las Segunda Égloga de Virgilio.



De restaurar las tierras de sus padres,
Que había perdido en la intestina guerra.
Ellas lo vieron luego y lo admiraron 15
Cortesano de Pan³⁴, Pales³⁵ y Vesta³⁶,
Pisar la margen del mantuano lago
Donde los blancos cisnes con él juegan.
Tranquilo entre pastores y rebaños,
Haciendo resonar su dulce avena, 20
Cantaba a los romanos furibundos
Sus *Geórgicas* dichosas. Nadie crea,
Que yo tengo como él campo heredado;
Mas huyendo como él de las reyertas,
Las selvas busco y canto, con voz ronca, 25
De agricultura interesantes reglas.
No seguiré sus pasos, yo me arrojo,
Sin llevar guía, por no holladas sendas,
Y he de entonar, sobre mi propia Lira,
Nuevas lecciones de unas cosas nuevas. 30
Yo no diré cómo se abona un campo,
Ni bajo de que signo o de que estrella



³⁴ Dios de los campos, los ganados y los pastores.

³⁵ Diosa de los pastos, de los pastores y los rebaños. Algunos autores la asocian con Cibeles y, otros, con Ceres.

³⁶ Diosa romana arcaica que presidía el fuego del hogar doméstico. En época de Viera y Clavijo se consideraba que se trataba de Cibeles, «porque era como Vesta, la diosa del fuego». Solamente las doncellas podían celebrar sus misterios y su cometido era evitar que se apagara el fuego en sus templos. Se las llamaba vestales.





Se ha de plantar la viña; que terrazgo
Pide la oliva; en donde se prosperan
Las legumbres, los granos y las frutas, 35
Mas, sublime canción mi musa ordena.
No canto los trabajos del cultivo;
Canto, sí, sus milagros, sus grandezas,
No es un rústico dios, viejo y porfiado,
Que practica sus máximas añejas; 40
Es un encantador que, con la vara
De su magia feliz, muda de escenas,
Mejora las campiñas y las razas,
Fertiliza montañas, doma peñas,
Hace correr las prisioneras aguas, 45
Triunfa de climas, a su voz comercian
Unos con otros los distantes ríos,
Lugares muda y estaciones trueca.

Cuando el hombre intentó la agricultura,
Ignoraba las leyes, con que medra 50
Un arte tan proficuo: él arrojaba
En llanos, en collados, en laderas
Sin elección alguna, las semillas,
Hasta que conoció la diferencia,
Y tuvo cada planta y cada grana 55
Su patria propia y su morada cierta.
Tú puedes hacer más, por que te es fácil
Poner cualquier terreno a tu obediencia,
Combinando, en abonos eficaces,
Estiércol, cal, ceniza, marga, arena, 60



Según las diferentes circunstancias,
Y volver paraísos tierras yermas.
Vosotros que, alquimistas infatuados,
Oro queréis sacar de otras materias,
Dejad esa quimérica impostura: 65
El oro está en los surcos, que la reja
Del arado va abriendo a las semillas;
La tierra es el crisol que lo fomenta,
Y la hornilla es el sol, que lo derrite,
Cargando el labrador con la riqueza. 70
Hubo en Roma un anciano venturoso,
Que mejorando, con feliz tarea,
El pegujar ingrato que tenía,
Aumentar supo frutos y cosechas.
Un prado artificial hizo su industria 75
Con el trébol de olor y con la mielga,
Duplicó las coronas de sus flores,
De extrañas frutas adornó su mesa;
Y solo con variar de producciones,
Dejaba descansar la fértil tierra. 80
Un vecino envidioso fue a acusarle
Del crimen, que llamó mágica negra;
Mas, el anciano al juez pone delante
Rejas, barras, azadas, podaderas,
Con sus manos callosas y le dijo: 85
Ya lo veis vos, mi brujería es esta.

Todos lo aplauden, lo apellidan todos
 Triptolemo Romano³⁷, a competencia
 Si imitas su secreto tu alquería
 De gratitud igual te dará pruebas; 90
 Mas, a la antigua práctica que acordes,
 Los patriarcas rústicos enseñan,
 No dudes añadir, supersticioso,
 Tentativas más sabias por modernas.
 ¡Ah! Tú verás que, atónitos tus campos, 95
 Metamorfosis raros te presentan:
 Verás las rosas, que otro tiempo estaban
 Sobre un grupo de ramas muy pigmeas,
 Como ya con magnífica arrogancia
 Sobre elevados vástagos campean. 100
 Y verás el pomar que, antes erguido,
 Levantaba sus gajos a la esfera,
 Como ya da, sobre árboles enanos,
 De un modo más feraz, fruta más bella.
 ¡Con qué nueva opulencia nuestras flores, 105
 Dobles radios y pétalos ostentan,
 Y en sus raros esmaltes y fragancias
 La vista y el olfato se deleitan!
 De lejanos países y regiones,
 Llamadas las familias forasteras, 110
 Con las que son indígenas de Europa

³⁷ Véase Nota II original, al final del poema.



En feliz maridaje se atemperan.
Aquel árbol que, oriundo de otro clima,
Tiene en su tronco y copa gentileza,
Con la hospitalidad, que ha merecido, 115
De ciudadano los derechos cuenta.
El cítiso bajó desde los Alpes,
Precioso por su flor y su madera.
Del Oriente, el lloroso y dócil sauce
Que consagra el amor a la tristeza. 120
Y del Líbano esclavo, el cedro noble,
Halló la libertad en tierra inglesa.
¡Con qué satisfacción puedes pasearte
Por colonias arbóreas muy diversas!
Encontrarás los inmortales pinos 125
De Escocia y la Virginia, cuya mezcla
Te ofrecerá el mapa de dos mundos,
Y en un punto andarás leguas inmensas.
El tuya³⁸ te lleva hasta la China,
Hasta el Jordán, el árbol de Judea, 130
Pues son, al recorrerlas y admirarlas,
Climas tus plantas, viajes tus ideas.
El vulgo no ve más que árboles mudos;
Pero dichoso tú que, en tu arboleda,

³⁸ «Tuhía» en el original. Debe referirse al *Thuja orientalis* conocido comúnmente como tuya, biota o árbol de la vida. No supera los diez metros de altura y, con frecuencia, tiene porte arbustivo. Se multiplica por semillas y las variedades se injertan. Madera rígida y aromática.





Ves unos caros hijos y procuras 135
Sostener en su infancia su flaqueza,
Formar su juventud con lozanía,
Y auxiliar su vejez con bondad tierna.
Tú estudias sus geniales y sus gustos,
Leyes les das, costumbres les aprestas, 140
Hojas, frutas y flores les corriges,
Y de la Creación la obra completas.
Haz también que tu celo y tu cuidado
Se extiendan de las plantas a las bestias,
Y para que sus razas se mejoren 145
En vigor, en vestido y en belleza,
Escoge bien las madres y aun procura
Que de otros reinos los casares vengan.
Pero no obligues a dejar su patria
A los que, muy fecundos siempre en ella, 150
Como para vengarse de tu robo,
No se aman, ni se buscan ni se mezclan;
Ni aquellos, cuyos rasgos primitivos
En sus nietos del todo degeneran.
A la hermosura estéril y al plumaje 155
De las aves cautivas y parleras,
Prefiero aquellas que, en un campo libre,
Anidan, cantan, aman y procrean.
El tigre es celibato entre nosotros,
El león preso, a la leona deja, 160





Nuestros perros, llevados a la Nubia ³⁹,
Pierden la voz, el pelo y la braveza;
Y la indiana, en el Asia, cría al niño,
Que sin leche da a luz dama europea.
Por eso tu elección solo recaiga 165
Sobre animales útiles, que tengan
Analogía con tu clima, al paso
Que sanos, en su suelo alegres crezcan.
Verás sobre las rocas de la Suiza
Que el toro se une a la fecunda yegua, 170
Que la cabra de Oriente trepadora
De los nevados céspedes se cuelga;
Que el carnero merino de la España
Gusta pacer con la africana oveja,
Y que el caballo inglés allí disputa 175
Con el caballo barbo en la carrera,
Mientras que los muchachos del vecino,
Jugando con ardor sobre la yerba,
Sin blanco y sin proyecto meditado,
Huyen, corren, se alcanzan, se revuelcan. 180
¡Oh deliciosos movedizos cuadros,
Cuál pintura compite con las vuestras!
¡Cuál con vuestros aspectos! Si en mi mano



³⁹ Región situada en el extremo sur de Egipto. Se extiende a lo largo del valle del Nilo y por el norte del Sudán, entre la primera y la sexta catarata. En la antigüedad fue un reino independiente.





Dejare el cielo, hasta mi edad postrera,
Toda la ocupación; del campo amigo 185
El labrador seré, seré el poeta,
Por que esta ocupación en calma, es sola
La que no engaña al sabio en lo que anhela.
En medio de sembrados y jardines,
De ganados, de arroyos y dehesas, 190
Él pasea sus gratas esperanzas
Mostrando sin cesas frente serena;
Él ayuda con nudos a abrazarse
Del cortés olmo a la amorosa cepa;
Él observa si el alba trae rocíos, 195
O si disipa el sol la húmeda niebla;
Sirviéndole sus mismas inquietudes
De picante y sazón en lo que espera,
Pues planta, riega, aguarda, coge, gasta,
Regalado de dones y promesas. 200
Yo pensaba gozar de esta ventura
En mi triste vejez, ya en una aldea,
Y en esperanza, una heredad tenía
Con su pomar, vergel, bosque y glorieta.
¡Con qué gracia mi arroyo serpenteaba 205
Entre las verdolagas y las fresas!
¡Qué rollizos y alegres mis rebaños
Pastaban el tomillo y pimpinela!
Todo reía a mis ojos, yo soñaba
Pirámides de espigas en mis eras, 210
Ríos de leche en mis fecundos prados...





¡Breve ilusión! Las tristes turbulencias
De mi nación, tan solo me han dejado
Mi campestre zampoña por herencia.
A Dios flores y frutas, a Dios mieses... 215
Pero vosotras, plácidas florestas
Del sacro Pindo⁴⁰, dadme vuestras sombras,
Pues ya que la cruel suerte no me deja
Ser labrador de un campo, yo a lo menos,
Cantaré consolado sus larguezas: 220
En esta soledad Ceres me inspira,
El valle me oye, el bosque me celebra.
Entre tanto, los que de la labranza
Sois profesores, emprended con fuerza 225
Hazañas memorables, que en los campos
Así como hay conquistas, hay proezas.
¿Ves un suelo montuoso al mediodía,
Cuyas rocas en vano el sol calienta,
Y estás en inacción? Corre, transmuta 230
En tierra fértil esa ingrata tierra.
Para plantar la vid en sus collados,
Marte⁴¹ le prestará, con faz risueña,
El rayo a Baco⁴² ... se abren las entrañas,
El fuego cunde, la montaña tiembla,



⁴⁰ Monte de Tesalia, consagrado a las musas.

⁴¹ Dios de la guerra y árbitro de todos los combates.

⁴² Baco enseñó a los hombres la agricultura en Egipto y fue el primero que plantó viñas, de ahí que se le adorara como dios del vino.





Y la explosión, con estampido horrible, 235
Hace volar sus quebrantadas piedras.
De pámpanos se viste luego al punto,
Cuyos racimos dan el dulce néctar,
Con que los que rindieron aquel sitio
Cantan el triunfo, y su valor festejan. 240

Si en otra parte un árido terrazgo,
Con cuyo polvo el viento y agua juegan,
Entristece la vista; no desmayes:
Él te podrá pagar también la pena,
Si criador de un nuevo suelo, sabes 245
Reparar con usura su indigencia.

Así de Malta, aquel peñasco aislado,
Que solo en heroísmo fértil era,
Ha debido la tierra, que le cubre,

A la Trinacria⁴³, en donde se arde el Etna, 250
Y los ejidos, que un romero humilde
Tan solo alimentaban, ya nos ferian
El melón dulce, el higo azucarado,
La uva moscatel y la selecta

Rica manzana de oro, pues ya Malta, 255
Que de un eterno estío era palestra,
Debe a la bienhechora agricultura
Tener otoño y ver la primavera.

Mas los timbres del arte, que yo elogio,

⁴³ Es decir, Sicilia. Llamada así, antiguamente, por sus tres puntas o extremos.



En fecundar la tierra no se encierran, 260
Pues para hacer sus dádivas más ricas
De viento, fuego y agua se aprovecha.
Dejad las verdes lomas y llanuras:
Venid, venid, seguidme hasta esta sierra,
Sobre cuyas desiertas, agrias cumbres, 265
El trueno ronca, el aguilón vocea;
Y de donde las aguas cristalinas
En rápidos torrentes se despeñan...
¡Oh nobles sierras!, donde yo solía
Ponerme a meditar, con tal viveza, 270
Que olvidaba los valles deliciosos;
Ya vuelvo a entrar por tan sombrías puertas,
No como el fiel pintor, que retrataba
Tus majestuosas e intrincadas breñas, 275
Sino cual labrador que de esa altura
Llama a la industria, al arte y a la ciencia
Para decirles: ¿Veis estas cascadas,
Que murmurando caen y que se estrellan
Ellas quieren servirnos, solo aguardan 280
A que en canales propios y en acequias,
Puedan correr sus ondas domeñadas,
Dando el impulso a máquinas y ruedas,
Ya de martillos, que el metal ablandan,
Ya de dos piedras, que los granos muelan,
Ya de las bombas, que el pensil rocíen, 285
Ya de los mallos, que en papel conviertan
El lienzo liquidado... todo vive,



Por todas partes el estruendo suena
De talleres, de fraguas y batanes;
Las Dríadas⁴⁴ retozan y Nereidas⁴⁵; 290
Todo en la tierra se avasalla al hombre,
Él es un rey, y el Arte es su diadema.
De la urna también de las Náyades⁴⁶,
Las fuentes saludables se destellan,
Que a Pales, Flora⁴⁷, Ceres y Pomona⁴⁸ 295
Dan toda la hermosura y la opulencia.
En los campos de climas encendidos,
Donde la grama sin verdor se seca,
Por que avaras las nubes no le envían
Sino rocíos, que en vapor se elevan; 300
Nace un arroyo: sí, mas ¡Ah! Que un monte
Correr hacia esta parte no lo deja.
¿Y qué harás tú? Emprende una conquista,
Lleva tus gastadores, dales priesa;
Para que a golpes fuertes, redoblados, 305
En la mole compacta abran la brecha...
Caen los escombros ya: se van sacando
En brazos de las largas parihuelas,
Que se llenan, se cargan, se vacían,

⁴⁴ Ninfas que presidían bosques y selvas, como ya se dijo.

⁴⁵ Nereidas o Ninfas del mar, como ya se indicó.

⁴⁶ Hijas de Júpiter. Presidían ríos y fuentes y eran reverenciadas como deidades.

⁴⁷ Diosa de las flores y de la primavera.

⁴⁸ Diosa de las frutas y de los jardines.



Para que vayan, lleguen, tornen, vuelvan... 310
En fin, se abre la mina, y ya las aguas
Con alegre murmullo salen diestras,
Y las ve la Náyade *estupetida*
Correr vivaces, y que en su carrera
Todo renace y reverdece todo, 315
Pagando así tan venturosa empresa.
 En la célebre cima, cuyos valles
Al astro de la luz miran de cerca,
Las auras, ya del mar, ya de la cumbre
Por mañana y por tarde los refrescan, 320
Con ligero trabajo aquellos hombres,
Según riego les dan, o se lo niegan,
Forman a voluntad, en su distrito,
De las cuatro estaciones la influencia.
 Junto a un árbol sin hoja, florece otro; 325
 Junto al árbol florido, otro se encuentra
Con el fruto maduro, y en un día
Dan y prometen, tienen ya y esperan...
Sitios amables, donde el cielo puro,
Sin nubes ni nublados, todo alienta, 330
Y donde la labranza encantadora
Corrige al cielo y la Naturaleza.
 Si hallas que algunas aguas rebalsadas
A Pomona y a Ceres de allí alejan,
Y que otras, libres con bullicio loco 335
Sin designio ni rumbo a correr echan;
Tu país te convida a una obra ilustre:





Abre un largo canal, y en él concentra
Todas aquesas aguas caprichosas,
Y verás, con gloriosa complacencia, 340
Subir y descender por sus llanuras
Las barcas traficantes y ligeras,
Que los frutos del suelo más remoto
Conducirán con fausto a tus riberas.
Todo interés con ellas se univoca, 345
Las faltas y abundancias se compensan,
Los bienes son comunes y, en el globo,
Los pueblos se unen, las distancias cesan.
Un ejemplo feliz de estos encantos,
Con magia tan sagaz como estupenda, 350
Dio a la Francia Riquet para su gloria⁴⁹,
Pues mandando en las aguas, nos presenta
Sobre puentes los ríos en el aire.
Los bajeles que intrépidos navegan:
Los caminos, debajo de los montes, 355
Las rocas, como bóvedas, dispuestas
A recibir por subterráneos cauces
Cien Aquerontes⁵⁰ que, en la parte opuesta,



⁴⁹ En 1666, Pierre-Paul Riquet apostó todo lo que tenía, incluso las dotes de sus hijas, en el éxito comercial del Canal du Midi, una vía fluvial de 240 kilómetros de extensión que conectaba el río Garonne con el Mediterráneo y creaba de esa manera un atajo entre este último y el océano Atlántico. La verdadera recompensa de Riquet no se produjo hasta 1996, cuando se declaró el canal Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. Ver, también, nota de Viera al respecto.



Salen a unos Elíseos [a]fortunados⁵¹
 De amenos prados y feraces huertas; 360
 Acobardase el río, al encontrarse
 Sobre un monte elevado; y se sosiega
 Al descubrir que puede, poco a poco,
 Atravesando sólidas compuertas,
 Aprender a bajar hasta los valles 365
 Por una suave y plácida escalera;
 Recorrer las más fértiles campiñas,
 Y llevar hasta el puerto las barquetas.
 Obra inmortal, que siendo vencedora
 De los campos, las aguas y las sierras, 370
 Une, para el comercio, los dos mares,
 Que los dos mundos unen y encadenan⁵².
 Suelen ser destructores muchas veces
 Estos ríos tan mansos; así es fuerza
 Que reprimas sus furias, pues ya Ovidio⁵³ 375

⁵⁰ El río Aqueronte o Aquerón se sitúa en el Epiro (zona noroccidental de Grecia). Se creía que era una bifurcación del río del inframundo Aqueronte, por el que en la mitología griega Caronte transportaba las almas de los muertos hasta el Hades. En sus aguas todo se hundía, salvo la barca de Caronte. En *Fedón*, Platón considera el Aqueronte el segundo mayor río del mundo, superado únicamente por el Océano, y señalaba que el Aqueronte corría en dirección opuesta desde el Océano por debajo de la tierra, bajo lugares desérticos. En la *La Divina Comedia*, el Aquerón constituye el borde del infierno.

⁵¹ Los poetas «fingen que reina una continua primavera» y las almas de los bienaventurados gozan de una felicidad perfecta y durable, según Chompré.

⁵² Véase Nota III original, al final del poema.

⁵³ Publio Ovidio Nasón (43 a. C. - 17 d. C.). Las obras más conocidas de este poeta romano son *Ars Amandi* y *Las metamorfosis*, que recoge la mitología de su época.



Te lo ha dado a entender en este emblema⁵⁴.
Achelóo⁵⁵, pues, saliendo de su margen,
Arrastraba con aguas turbulentas
Las mieses rubias, las manadas ricas,
Las chozas pobres y las altas cercas. 380
Espántanse los campos, y aflijidos
A Hércules⁵⁶ llaman, Hércules ya llega:
Se arroja al río y, con nervosos brazos,
Reprime sus hervores y lo estrecha
A entrar de prisa en la profunda madre. 385
Viéndose subyugado, se impacienta:
Toma de una serpiente la figura,
Silba, se enrosca, enreda y desenreda
Las lazadas y anillos de su cola,
Y bate con espumas las riberas... 390
Observa esta mudanza mal sufrido
El siempre valeroso hijo de Alcmena⁵⁷,
Y la agarra, la oprime, la sofoca,



⁵⁴ Véase Nota IV original, al final del poema.

⁵⁵ Es decir, Aqueloo. Río de Etolia, el mayor de Grecia, y dios de este río. En mitología era hijo del Océano y de Tetis, y, según otros autores, del Sol y de la Tierra.

⁵⁶ Aqueloo está relacionado con el ciclo de los Doce Trabajos de Heracles (Hércules). Según la descripción de Chompré, que coincide con el poema, peleó contra Hércules y quedó vencido. Inmediatamente tomó la forma de una serpiente, siendo derrotado por segunda vez; después se convirtió en toro y, entonces, Hércules le agarró por las astas, le echó a tierra y le arrancó una de ellas. Dio a su vencedor el cuerno de Amaltea o de la abundancia, para que Hércules le devolviese el suyo.

⁵⁷ Madre de Heracles (Hércules).





Arroja sus reliquias a la arena,
Y le dice: ¿Te olvidas que en mi cuna 395
Fue ya mi juego debelar culebras?⁵⁸
 Más y más enojado el terco río
Osa vengarse de la doble afrenta,
Y transformado en un terrible toro
Agita el aire con su audaz cabeza⁵⁹. 400
Por los ojos despide vivas llamas,
Muge y, mugiendo, todo el valle tiembla.
Hércules le acomete sin asombro,
Lo provoca al combate, lo atropella,
Bajo sus pies lo pone, y apretando 405
Con la rodilla la cerviz soberbia,
Una punta le arranca, victorioso,
De la amenazadora cornamenta.
Al instante las Ninfas y Silvanos,
Viendo libres sus sotos y sus vegas, 410
Al vencedor coronan con guirnaldas,
Le presentan alegres sus ofrendas,
Y al admirar la bella cornucopia,
De flores y de frutas la rellenan.
 ¿Quién en esta serpiente, en este toro, 415
No ve de algunas aguas las molestias?
Hasta que el Arte, como fuerte Alcides⁶⁰,



⁵⁸ Referencia a la propia biografía de Heracles.

⁵⁹ Alusión al episodio antes citado.



Con diques y murallas las domeña,
 Y las hace llenar de suaves frutos
 El Cuerno de Abundancia y de Amaltea⁶¹ 420
 Sorpréndenos con tales maravillas
 El bátavo, que opone una barrera
 Al proceloso océano: allí el roble,
 No ya como plantado en la floresta,
 Cuando con verde copa resistía 425
 La rigidez del frío y la tormenta;
 Sino desnudo y puesto en la estacada,
 Que hace a Neptuno⁶² insigne resistencia,
 Y frustra sus ataques y sus iras.
 Allí de juncos una gran trinchera, 430
 Por tan débil y dócil poderosa,
 Guarda en las orillas la violencia
 De las olas que braman y las burla,
 Cediendo al golpe, en desigual pelea.
 De aquesta lucha, un territorio nace, 435
 Que se mira salir, no sin sorpresa,
 Por debajo del mar, que ha cautivado,
 Y el que sobre este piso se pasea,

⁶⁰ Es decir, el propio Hércules, a partir del nombre de Alceo, su abuelo.

⁶¹ Amaltea es el nombre de la cabra que dio de mamar a Júpiter, quien en recompensa la puso juntamente con sus cabritos en el Cielo, y, como dice Chompré, dio uno de sus cuernos a las ninfas, que le habían criado en su niñez, el cual tenía la virtud de producir lo que ellas quisiesen. Le llamaban el cuerno de la abundancia.

⁶² Evidente alusión al mar, ya que Neptuno es el dios del mar.

Oye que, encima dél, va resonando
El rugido que causan las mareas, 440
Siendo aquel campo todo obra del arte,
Y todo el arte, magia de hechicera.

Algún terreno, alguna vez se ha visto,
Que cimentado sobre flaca greda,
Hacia un pantano undoso se desliza, 445
Y va nadando hasta la orilla opuesta.
El nuevo poseedor, al otro día,
Se pasma al contemplar, cuando despierta,
Este nuevo dominio; al mismo paso
Que los dueños antiguos se lamentan, 450
Al ver que ha huido de ellos, desdeñosa,
De sus mayores la querida herencia⁶³.

Enternécese Musa, y canta ahora
Los sentimientos de la hermosa Egeria⁶⁴,
Feliz en su desgracia, al pie de un monte 455
De la tierra de Escocia, un lago queda,
Sobre cuyo elemento andan a nado
Muchas islas anfibias, siempre inquietas
El padre, pues, de Egeria poseía
Una de estas islitas, la más bella, 460
Graciosa flor, vagante sobre la onda,

⁶³ Véase Nota V original, al final del poema.

⁶⁴ En época de Viera se la define como una musa de singular hermosura, a quien Diana convirtió en fuente. Las mujeres romanas le realizaban sacrificios para dar a luz con felicidad. En este caso, la protagonista del relato toma el nombre de la deidad citada.



Al modo que Calímaco⁶⁵ diseña,
La que fue de Latona⁶⁶ grato asilo
Y cuna de los dioses en la Grecia⁶⁷.
Se había formado con el lento auxilio 465
De los siglos, los vientos, las cortezas
Las raíces, las ramas, los escombros,
Los cascajos, sargazo y polvareda;
Sobre cuya fluctuante superficie
Prados había, cañas y mimbreras. 470
Tan solo una manada de cabritas
Allí apastaba, y la pastora era
Egeria misma que las conducía
Con su cayado, reducida hacienda,
Mas, el pobre con poco se cree rico: 475
Así solía su padre, con ternera,
Decirle: ¡Ay, hija mía, fiel retrato
De tu madre, de entrambos dulce prenda!
Tu dote habrá de ser (yo te lo juro)
Este ganado todo, esta isla entera. 480
En la parte del lago fronteriza
Era dueño de un prado y arboleda



⁶⁵ Pintor, escultor y orfebre activo en Atenas, en el siglo V a. C. Tenía fama de minucioso y detallista.

⁶⁶ Alusión a la isla de Delos, creada por Júpiter (Zeus) en medio de las aguas para que se refugiara Latona, a quien amaba. Fue madre de Apolo y de Diana. La isla de Delos, en el Egeo, según añade Chompré, se «movía a arbitrio de los vientos».

⁶⁷ Alusión al lugar de nacimiento de Apolo y Diana, la citada isla de Delos.



Dolón, zagal que amaba a la pastora:
 Feliz, si el padre de la leal doncella
 No la hubiera ofrecido ya a otro esposo; 485
 Pero el Amor, con ingeniosa treta,
 Los compensaba de esta suerte amarga,
 Pues llenas de benigna complacencia
 Las corrientes llevaban y traían
 De él las manzanas, y las flores de ella. 490
 Más de una vez Dolón⁶⁸ en su barquilla
 Visitaba, a la aurora, o a la siesta,
 La islilla afortunada, y nadie ignora
 Que Amor ama las islas: no era esta
 Como aquella que, Armida encantadora⁶⁹, 495
 Con su mágica vara dio existencia;
 Otro hechizo más dulce aquí reinaba:
 Verse y amarse, irse y dar la vuelta.
 En fin Cupido⁷⁰, más piadoso, quiso
 Con una prodigiosa estratagema, 500
 Unir su suerte, como unió sus almas.
 Entre todas las Ninfas, que veneran

⁶⁸ Nombre de un guerrero troyano, extremadamente rápido en el correr, que fue muerto en campo enemigo, al que había ido como espía.

⁶⁹ La leyenda de Armida es una de las muchas historias que Torcuato Tasso incluyó en *La Gerusalemme Liberata* (1581). Véase *Jerusalén libertada, traducción de Bartolomé Cairasco de Figueroa*, edición, prólogo y notas de Alejandro Cioranescu, Santa Cruz de Tenerife, 1967.

⁷⁰ Eros griego, hijo de Marte y Venus, representa el amor.

⊗

Las claras ondas, la más bella es Doris⁷¹,
 Pues hacen vanidad de sostenerla,
 La van sirviendo con susurro blando, 505
 Y la abrazan con ansias halagüeñas.
 Eolo⁷² la adoraba; mas la Ninfa
 Cruel desdeñaba sus caricias necias
 Y sus suspiros, que huracanes causan.
 El Amor va hacia él, y así le arenga: 510
 Ha mucho tiempo que la Egeria hermosa
 De Dolón es amada, mas su estrella
 Dispone que su padre inadvertido,
 A otro distinto amante la prometa.
 Ven a ayudarme: haz que una borrasca 515
 Al campo de Dolón lleve la isleta,
 Pues sé que se unirán sus corazones,
 Si se llegan a unir sus conveniencias;
 Y en premio de un servicio tan ilustre,
 A Doris te daré: mía es la oferta. 520

Eolo, con tal premio lisonjeado,
 Sirve amante al Amor, y con presteza
 Manda silbar al aire, el agua agita,
 Las olas espumosas se sublevan,
 Y con recios bramidos la isla empujan... 525

⁷¹ Hija del Océano y Tetis. Se casó con Nereo, su hermano, y tuvieron cincuenta ninfas, las Nereidas. Alusión al mar. Referencia en Égloga Décima de Virgilio (*Doris amara*).

⁷² Dios de los vientos.

Tempestades de amor son muy violentas.
 Desde la orilla Egeria lacrimosa,
 En vano daba voces a su tierra,
 Que ingrata se alejaba, y por un rato
 Injusto fue su pecho: ella recela 530
 Perder su amante, si perdía su dote...
 No amable virgen, no, eso no temas:
 Por que la antigua alianza es conocida
 Del ciego Amor y la Fortuna ciega,
 Y ambos son los pilotos de tu islita, 535
 Que al campo de Dolón con pausa llega.
 Él allí estaba triste, pensativo,
 Sufriendo el huracán, viendo con pena
 El viaje de los árboles flotantes.
 Mas ¡Ah! ¡Cuál fue su admiración extrema, 540
 Al ver que se acercaba a sus dominios
 La isla querida, la isla de su Egeria!
 Con los ojos él mismo la remolca,
 Teme que algún escollo la detenga,
 Hasta que al fin, una ola más activa 545
 La pone entre sus brazos y él la aprieta⁷³.
 Dolón recorre los dichosos sitios,
 La cabaña querida y la pradera,
 Busca si el temporal ha respetado
 Las flores que plantó la blanca diestra; 550

⁷³ «Aprieta» en el original.



O bien si, en las cortezas de los sauces,
Las cifras de sus nombres se conservan.
No mira ni remira tan ansioso
El aire, las facciones y las señas
De un amigo cordial, el otro amigo 555
Después de una fatal y larga ausencia.

Así que el lago estuvo más en calma
Toma la barca, y presuroso rema
A la otra playa, en donde Egeria estaba
Lamentando la pérdida tremenda 560
De su alhaja dotal: el dolor mismo
La daba la hermosura que interesa.

Dolón al padre anciano abraza humilde,
A los pies de la madre se prosterna,
Y esto les dice: si el destino infausto 565
De todos vuestros bienes hizo presa,
Él os da ya los míos: vamos, vamos...
Van con efecto y, cuando ya se acercan,
Egeria exclama: vedla allí... No hay duda,
Dolón le dice: tu isla amada es esta; 570

El huracán te la robó mañoso,
Pero mi Amor la pone a tu obediencia.
Los benéficos dioses la han unido
A esta mi antigua posesión paterna:
Ojalá que nos una desde ahora 575
Un himeneo con lazada estrecha.
Dijo; la madre llora, otorga el padre,
Egeria con rubor la mano acepta;



Mas pide que su tierra favorita
Con la figura de isla se mantenga. 580
Unióla un puente con la tierra firme,
Resistiendo a las olas turbulentas;
Así la isla errante un freno tuvo,
Que le da sobre el lago la firmeza,
Un asilo la dicha en este mundo, 585
Y el Amor otra Delos⁷⁴ más pequeña.

⁷⁴ Referencia a la isla de Delos, ya citada.

Canto Tercero



Cuanto me encanta aquel mortal dichoso,
Que con inclinaciones peregrinas,
A un mismo tiempo para gloria propia,
Sus campos y su espíritu cultiva.
Solo él goza de todo: el ignorante, 5
Indiferente a lo que incauto mira,
En medio de unas obras portentosas,
Subir hasta su autor jamás atina.
No se hicieron para él los grandes cuadros
Que formó con tan plácida armonía 10
El Divino Pintor; no sabrá nunca
Por que ocultos canales, por que fibras
De la raíz al tronco, al gajo, al fruto
La savia asciende y suavemente gira;
Ni como halla la luz siete colores, 15





Si le da paso un cristalino prisma.
A sus flores extraño, y a sus plantas,
Ni nombres, ni virtudes ni familias
De ellas conoce; con su torpe mano,
Al ruiñón que en la arboleda anida, 20
Le roba los polluelos y les roba
A los días de abril la melodía.
Sí; solamente el hombre instruido sabe
Desfrutar de los campos las delicias,
Pues la Naturaleza solamente 25
Sabe existir para el naturalista.

Tú, que cumpliste ya con los deberes,
A que tu empleo y casa te precisan,
Ocupa los instantes que te sobran
En adquirir ideas exquisitas, 30
Que puedan divertir tus gratos ocios,
Redoblando tus gustos y tus dichas.
Tres reinos a tus ojos se descubren,
Y puedes aspirar a su conquista;
Vamos: cojamos juntos los tesoros, 35
Que nos promete aquesta presa opima.
¡Qué variedad en sus aspectos raros!
¡Y en ellos qué elegancia, qué pericia!
Ya el verdor fresco de la espesa grama,
Ya de arroyuelos mil, que se deslizan, 40
El mormullo halagüeño; ya la gracia
De las dispersas cónicas colinas;
Ya de los bosques, densos y profundos,





La soledad y majestad sombría.
Allí, los arenales infructuosos, 45
Juguete de aquilones y de brisas;
Aquí, los precipicios más horrendos,
Las quiebras, los barrancos y las simas
Que nos presentan, con sublime espanto,
De un mundo devastado las reliquias; 50
Y en todas partes, con extraña mezcla,
Bienes y males, fábricas y ruinas
Para explicar las causas no acudamos
Al genio bueno o malo que imagina
El fatuo maniqueo⁷⁵; es mejor genio 55
El de Buffon⁷⁶ y su filosofía.

En otro tiempo (dice) un gran diluvio,
La transgresión del mar, y la improvisa
Declinación del eje de la Tierra,
Dieron al Globo faz que no tenía, 60
Pues, desgarrado en piezas y en escombros,
Creyó el Caos⁷⁷ cobrar su suerte antigua.

⁷⁵ Referencia a la doctrina maniquea y, posiblemente, a la clásica crítica de San Agustín al respecto.

⁷⁶ Georges Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788). Naturalista, matemático, cosmólogo y escritor francés. Sus ideas influyeron en las posteriores generaciones de naturalistas, incluyendo a Lamarck y a Darwin.

⁷⁷ Como escribió Ovidio (*Metamorfosis*, I: 5-10), «antes del mar, y de la tierra, y del cielo que todo lo cubre, en toda la extensión del orbe era uno sólo el aspecto que ofrecía la naturaleza. Se le llamó Caos; era una masa confusa y desordenada, no más que un peso inerte y un amontonamiento de gérmenes mal unidos y discordantes».



En donde estuvo un llano, quedó un monte;
En donde un monte, una feraz campiña,
El que era mar, a tierra se redujo, 65
Y en mar se vio la tierra convertida.
De aquí tantas florestas subterráneas,
Los carbones, betunes y piritas,
Que dan a los volcanes alimento ⁷⁸ ;
Las camadas, las vetas y las minas, 70
Que de un mundo arruinado encima de otro,
Al buen observador la tumba indican.

También puedes hallar los sedimentos
Que han dejado, con huellas más prolijas,
Tantos ríos que, errantes en su curso, 75
Pagan al mar pensiones cristalinas.
Van arrastros con ellas materiales
De condición y gravedad distinta,
Que en bancales y lechos paralelos
Con uniformidad se depositan. 80
Dejan allí las plantas estampados
Sus lineamentos, con firmeza invicta,
Y entre ellos vemos extranjeras plantas
Que habían llegado de lejanos climas;
Tanto una lenta, pero estable causa 85
Para el sabio produce maravillas.

En otra parte, un ojo atento advierte

⁷⁸ Véase Nota VI original, al final del poema.

Las reliquias y estragos de una villa:
 Dime, ¿cuál fue la causa?... ¡Ah! Que los viejos,
 El terreno y las aguas te lo digan. 90
 En las concavidades de su suelo,
 Por las grietas de rocas mal unidas,
 El frío invierno había escondido avaro,
 Las lluvias en que el cielo se liquida.
 Rico y soberbio aquel hidrofilacio 95
 Su obscuridad le enoja, y vano aspira
 A ser un riachuelo: desmorona
 Los estribos y bóvedas macizas;
 Y de repente, con estruendo infausto,
 Se hunde la tierra y cuanto en ella habita. 100
 Las aguas, rebozando se sublevan,
 Lo inundan todo, todo lo desquician,
 Y árboles, mieses, piedras, casas, chozas,
 Pierden su asiento y vagan peregrinas;
 Siendo medallas de este cruel desastre 105
 Las ramblas, las cañadas y la ermita
 Que, sobre los escombros fabricada,
 Al viajero le cuenta estas noticias⁷⁹.
 Allá descubres unas sierras arduas,
 Donde, quebrando sus copiosas hidrias, 110
 Las Pléyades⁸⁰ lluviosas lagos forman

⁷⁹ Véase Nota VII original, al final del poema. Se les asocia a la lluvia.

⁸⁰ Hijas de Pléyone y Atlante que fueron convertidas en estrellas.

Con los grandes torrentes y avenidas,
Que la tierra le roban, y solo nubes
Cubren la calva de su adusta cima.
Aquesta tierra virgen, descendiendo 115
Desde las altas cumbres primitivas,
Altera su pureza en la llanura,
Con varias vetas, que el curioso admira.

También el huracán lo muda todo:

Vedlo volar, con rapidez maligna, 120

Por las olas de polvo que levanta;
Y llevado en las alas, con que silba,
La noche, el rayo, el trueno y sobresalto,

Barre la selva, el prado, la alquería; 125

Hace salir los ríos de sus madres,

Manda que el mar propase sus orillas,

Sepulta un campo bajo de otro campo,

Muda el cerro arenoso, y aturdida

Llora la Tierra, en hábito de luto, 130

Su risueña hermosura, ya marchita.

No menos impetuoso y devorante

El fuego en las catástrofes se explica,

Pues tiene sus torrentes el Vesubio,

Como el Etna borrascas en Sicilia. 135

Encierra el Globo senos formidables
De azufre, de betún y marcasitas⁸¹,

⁸¹ Piritas.

Que a veces fermentando, el aire inflaman,
 Hacen hervir el agua, y de sus criptas
 Rompiendo por los flancos del collado,
 Se echa sobre las vegas más floridas: 140
 Imagen del volcán que, allá en el alma,
 Suele encender con explosión la ira,
 Afeando el semblante más gracioso
 Y turbando la mente más tranquila.
 ¿Ves estas peñas casi calcinadas, 145
 Y aquellas tierras, todas renegridas?
 Ellas te dan indicios de que fueron
 Teatro de un incendio en otros días.
 Los siglos lo aplacaron; y ahora exponen
 Baco sus uvas, Ceres sus espigas 150
 Sobre esta verde loma, que conserva
 Al lado opuesto señas todavía
 Del curso de la lava destructora,
 Cuyas líquidas masas, cuando frías,
 De improviso quedaron mal colgadas. 155
 ¡En tan triste desastre, qué averías!
 ¡Cuántos ríos secaron sus raudales!
 ¡Cuántos cerros rodaron! ¡Cuántas islas
 Salieron de las ondas! ¡Cuántos pueblos
 Perekieron del todo, sin que exista 160
 Para nosotros la menor memoria!
 Quizá un día vendrá (no es ficción mía)
 En que los labradores de una aldea,
 Rompiendo con su arado la campiña,



Encuentren de repente en sus entrañas, 165
Llenos de espanto, una ciudad hundida,
Circos, palacios, pórticos y templos,
Monumentos de sabios y de artistas.
Hallarán hombres, cuyos ademanes
No son sino de gentes que están vivas, 170
Y que huyen del incendio: el uno lleva
Por la mano a su esposa y a su hija;
Otro saca su oro; otro recoge
Sus papeles, que más que el oro estima;
Otro carga sus Lares y Penates⁸²; 175
Otro, con una acción no menos pía,
Lleva en sus hombros a su padre anciano,
Y otros, en fin, en grata compañía,
Coronados de flores a la mesa,
Con la copa en la mano, el licor brindan... 180
Simulacros fugaces que, al instante,
Los aires exteriores apolillan⁸³.
¡Oh cara patria mía! ¡Oh campo ameno!
En donde la atención meditativa
Lee los fastos del tiempo, y ve grabadas 185
Con tres volcanes épocas distintas
De siglos numerosos: ve las lavas,



⁸² Dioses domésticos. Se les representaba mediante estatuas pequeñas a las que se reverenciaba en las casas.

⁸³ Véase Nota VIII original, al final del poema.





Ve las corrientes, cráteres y hornillas;
Ve los suelos que el mar había ocupado;
Y los que el mar cubrieron a porfía; 190
Y al ver estos sublimes monumentos
Del trabajo de causas repetidas;
El mar sobre volcanes y volcanes
Sobre los hondos mares y las rías,
Se confunde, se pierde el pensamiento 195
Bajo el peso de edades infinitas.

Toma de mármol un pequeño trozo:

¡Ah qué medalla! ¡Qué inscripción tan rica
De mil revoluciones memorables!

Es una piedra, sí; mas se deriva 200
De seres animados, pues su mole
Se compone de conchas ya destruidas.

Mas, ¿qué generaciones no pasaron,
Antes que se amasasen sus reliquias?
Bajo del agua cuantas, cuantas veces 205
Con su inquietud el mar las rodaría,

Las echaría sobre cerros altos,
El huracán al mar las volvería,
Y en dares y tomares padeciendo
Vientos, olas, tormentas y porfías, 210
Llegaron a ser rocas en un monte,
Y estas rocas de mármol corroídas,
Han soltado este trozo, hijo del tiempo,



Que la historia del Mundo lleva escrita ⁸⁴ .
Un manantial de estudios y placeres 215
Es de este mar la vasta monarquía:
Sí, mar terrible, sí ¿quién a tu aspecto
Con temor y respeto no se humilla?
¡Qué impresión en mi infancia me causabas!
Mas yo, ignorante entonces, no veía 220
Sino tu inmensidad; pero ella crece
Cuando en ti su talento el hombre explica.
Por que ¿en dónde su ingenio más reluce
Que en los bajeles, que tus aguas trillan,
Correos de dos Mundos, lazo estrecho 225
De los Estados que entre sí trafican?
En tu profundidad, nuestras ideas
Se hacen profundas: ellas se imaginan
Que ven en tus abismos insondables
Los restos de naciones aguerridas, 230
Que desaparecieron con sus buques,
Sus tesoros y tren de artillería.
Lineo ⁸⁵ se zabelle y busca ansioso,
En tus vegetaciones peregrinas,
La flora de los mares, siempre oculta ⁸⁶ , 235



⁸⁴ Véase Nota IX original, al final del poema.

⁸⁵ Carlos Linneo (1707-1778), científico sueco que sentó las bases de la taxonomía moderna. *Nomina si nescis, perit et cognitio rerum* (si ignoras el nombre de las cosas, escribió en 1755, desaparece también lo que sabes de ellas).

⁸⁶ Véase Nota X original, al final del poema.



Que la tempestad sola echa a la orilla;
 Litófitos, madreporas, corales,
 Del pólipo del agua obra exquisita⁸⁷;
 ¡Cuán grandes ríos, bajo de tus ondas,
 Mantienen sus corrientes escondidas! 240
 ¡Y cuántos grandes ríos afamados
 En tus ondas su curso finalizan!
 Que espanto da mirar los fuertes monstruos
 Que nadando son rocas movedizas⁸⁸,
 O contemplar de tus vicisitudes 245
 La procelosa inquieta alternativa;
 La oscilación de flujos y reflujos,
 Tus pérdidas, cesiones y conquistas;
 Ver los volcanes, que arden en tu centro,
 Y que las sirtes trágicas vomitan; 250
 Los cabos, socavados por el golfo;
 El golfo que, en su hondura desmedida,
 Tiene los Alpes viejos sepultados,
 Y los futuros Alpes organiza;
 Mientras que nuestros montes y llanuras 255
 A morar con los peces se aproximan:
 Cambios perpetuos de la tierra y agua,
 Que se disputan la soberanía,
 Pues donde rueda el carro, en otra Era

⁸⁷ Véase Nota XI original, al final del poema.

⁸⁸ Véase Nota XII original, al final del poema.



Bogaba la velera navecilla; 260
Y envejeciendo el Mundo, con los viajes
Del bullicioso Océano, no cuida
Sino de disfrazar sus muchas canas
A modo de una dueña presumida.
Dejando al mar y sus inestables cuadros, 265
Los arroyos y ríos te convidan:
No aquellos que, cantar suelen mil veces
Versejadores con insulsa rima,
Cuyos conceptos lánguidos, gastados,
Envejecen las gracias de sus Ninfas; 270
Sino más bien aquellos, cuyas aguas
Te presentan, con nobles perspectivas,
Efectos y fenómenos curiosos:
Ya cuando a ver sus cunas te encaminas, 275
Ya cuando observas sus pausadas marchas
En vueltas y revueltas siempre oblicuas,
Con ángulos entrantes y salientes,
Por márgenes de sauces y charmillas.
Si te acercas a aquellos manantiales,
De nuestros males gratas medicinas, 280
¡Qué comparsas verás, tristes o alegres,
De aquellos que anualmente las visitan!
El dolor y el placer allí se hermanan,
Se junta con la pena la alegría,
El viejo chocho, con el loco joven, 285
Y el histerismo con la hipocondría.
Llega a curar sus pálidos colores



La bella dama; a aliviar su herida
 El buen guerrero, y el glotón doliente
 A expiar de su mesa las delicias; 290
 Todos quieren sanar, mas también quieren
 Que todos se lastimen de sus cuitas.
 Durante las mañanas, se pasea
 Esta triste y llorosa comitiva;
 Pero en anocheciendo, ya se escucha 295
 El juego, el baile y música festiva,
 Pudiéndose creer que el negro Averno⁸⁹
 Con el Elíseo⁹⁰ allí se identifica.
 Subiendo de las fuentes a los montes
 Iremos a encontrar puntos de vista 300
 Que atónitos nos dejen; y situado
 Sobre tan altas y agrias serranías,
 Creo oír al ingenio, que convoca
 Las Artes del buen gusto descriptivas.
 Llega el pintor y busca, entre las quiebras, 305
 De mil colores las variadas tintas,
 Las masas de la luz y de la sombra;
 Llega el poeta y siente que se agitan,
 Con mejor entusiasmo sus ideas;
 Llega también el sabio y examina 310
 De aquellas poblaciones montaraces

⁸⁹ Tártaro, infierno.

⁹⁰ Edén, paraíso.

Las costumbres ingenuas y sencillas,
 Donde viviendo libres y con gozo,
 El águila y el hombre se eternizan.
 Los Anales del Mundo allí repasa: 315
 Reconoce unos montes, obra antigua
 De los antiguos mares; otros montes
 Obra del fuego, y otros que le indican
 Haber nacido con el mismo Globo.
 Lechos advierte, verticales filas, 320
 Tierras horizontales o inclinadas,
 Anfiteatros de las peñas vivas,
 Renegridos basaltos, altas rocas
 De granito, de espato, cuarzo y mica,
 En hojas las pizarras y, en canteras, 325
 Los mármoles, los jaspes y dendritas,
 Trabajos misteriosos en que el tiempo,
 Dios y Naturaleza augustos brillan.
 A esta Naturaleza allí la veo,
 Ya muy risueña y llena de caricias 330
 Con verdores y flores que la alegran,
 Ya fiera, varonil, áspera, arisca,
 Desdeñando las gracias y guardando
 Del primitivo Caos las desidias.
 Aquí, una fuente, tímida y modesta, 335
 De su naciente débil se desliza;
 Y allá, con gran mormullo, se despeña

De una cascada la espumosa linfa...
Salud pomposos Jura y Montanvert⁹¹,
Que con el hielo y nieve endurecida, 340
Del templo del invierno sois columnas,
En cuyas azuladas altas piras,
Para decoración de su grandeza,
La púrpura y el oro el sol matiza.
No, no, jamás tan excelentes cuadros, 345
Ni tan graves escenas que horripilan,
Dejarán a los ojos en descanso,
Ni al pensamiento sin sublimes miras.
 Pero, desventurado el mortal necio,
Que si por vuestros páramos transita, 350
Se atreve a hacer estruendo con la carga
De su boca de fuego inadvertida.
¡Ah! ¡Cuántas veces de una débil causa
Efectos formidables se originan!
Basta que un pajarillo se repose 355
En esa altura y que, con sus patitas,
Desprenda de la nieve algunos granos,
Para que éstos con otros formen liga,
Sigán tomando aumento a cada instante,
Y que rueden con rápida caída 360
En mayor peso y masa... Gime el aire,
Desplómase con fuerza repentina

⁹¹ Véase Nota XIII original, al final del poema.



De inviernos mil la carga amontonada:
Corre de cerro en cerro, salta, brinca
Y con la fuga inmensa arrolla todo, 365
Arboledas, cabañas, granjas, villas,
Pues solo el huracán que excita el viento,
Impele al caminante y lo derriba.

Quizá sitios tan ásperos te cansan;
¡Ea!, bajemos a la vega amiga, 370
Donde a la margen de arroyuelos claros,
Verdes vergeles, pampanosas viñas,
Floridos prados, árboles frondosos,
Para ostentar sus gracias se avecindan.

¡Qué aspecto interesante dan al campo! 375
Observa, pues, con toda tu pericia,
Sus trazas, sus virtudes, sus colores,
Sus amores, sus bodas, sus familias.
Cómo algunos injertos prodigiosos
Las frutas más salvajes civilizan, 380
Poblando de mejores ciudadanos
Las huertas que al regalo se dedican.

Cómo asciende y desciende en cualquier árbol,
Con balanceo el jugo que lo anima,
Y como de este jugo, en fin, se forman 385
Madera, hojas, flor, fruto y semilla.

¿Y las inmensas tribus de las plantas,
Que con desprecio el ignorante pisa,
No tienen sus bellezas y sus dotes?
El Dios que creo el mundo, el musgo cría. 390





Observa las virtudes admirables
Aun de las que se temen por nocivas;
Y cree que en donde hay plantas no estás solo,
Pues ellas los desiertos amenizan.
Sal a buscarlas, con paseos gratos, 395
Por los collados y las praderías;
Pero si divertirte más deseas,
Que otros amigos sean de la partida.
 Mayo amanece: el rancho llega al monte;
No aquel rancho de bárbaras cuadrillas, 400
Que con trompas de caza tumultuarias
Al morador del soto causan grima...
Paced sin susto, ciervos inocentes:
No os espantéis, canoras avechitas;
Estos son cazadores agradables, 405
Que las matas y flores herborizan...
Los alumnos de Flora ya recorren
Al fresco de la aurora matutina,
El reino vegetal, yendo a su frente
*Jussieu*⁹², que con valor los acaudilla. 410
Para probar su ciencia, algunos de ellos
De varias plantas forjan con malicia
Un todo artificial: el sabio al punto
Reconoce el engaño, y con sonrisa



⁹² Antoine de Jussieu (Lyon, 1686 - París 1758), médico, botánico y naturalista francés de renombre.



⊕

A cada planta restituye diestro 415
 La parte que prestó para el enigma⁹³.
 Ved, como con los ojos y la lente,
 Va observando en la flor el botanista,
 Para clasificar cualquiera yerba,
 Pistilo, estambre, pétalo y estigma. 420
 Las unas le son ya muy familiares,
 Otras le suelen ser desconocidas;
 ¡Y qué placer si por fortuna encuentra
 Alguna de que el suelo de su clima
 Suele ser muy avaro! Tal fue el gozo 425
 Con que Rousseau, que el campo recorría,
 Descubrió la pervinca deseada,
 Y exclamó: ¡Cielo santo, la pervinca,
 La pervinca! ¿Es posible? Él le echa mano,
 Con no menor terneza y alegría, 430
 Que un amante que encuentra de repente,
 Reconoce y adora a su querida.

Después de esta tarea deliciosa,
 Hallan dispuesta una frugal comida
 Junto la margen de un parlero arroyo, 435
 Y bajo de un castaño de las Indias.
 El salón lo compone una floresta,
 Con céspedes el suelo se entapiza,
 Los vastos horizontes son sus cuadros,

⁹³ Véase Nota XIV original, al final del poema.

Es la orquesta los pájaros que trinan, 440
 Y encima de la mesa de un peñasco,
 Donde tejió un mantel la doradilla,
 Leche, huevos y queso se reparten
 Con fresas, con cerezas y con guindas;
 Mientras el fuerte Baco se refresca 445
 Con las aguas de Náyades propicias.
 Estos simples manjares satisfacen,
 Y el ávido apetito desafía
 Los platos del Apicio⁹⁴ más famoso.
 Allí todos los himnos y cantigas 450
 Son a la amable Flora y a Cibeles,
 Eternamente bella y siempre niña.
 Sus discursos no son de bagatelas,
 Qué trae la moda, y qué la moda quita; 455
 Sino de Dios y su bondad fecunda,
 De la Naturaleza esclarecida,
 Y de tantos secretos inefables
 Que el Mundo encierra, y a muy pocos fía.
 Levantada la tropa de la mesa,
 Vuelve a correr por prados y colinas, 460
 Y cuando ya la noche protectora
 Echa sobre las flores su cobija,
 Cada cual se retorna muy ufano,

⁹⁴ Marcus Gavius Apicius, gastrónomo romano del siglo I de nuestra Era. Escribió *De re coquinaria*, fuente esencial para adentrarnos en la gastronomía de la época.



Conduciendo en carteras sus conquistas
Al docto herbario, en donde las colocan, 465
Y en donde registradas, fructifican.

Mas solo ha dado a las preciosas plantas
Naturaleza una imperfecta vida,
Y un limitado instinto: con el hombre
Tiene el reino animal más cercanía, 470
Y es más interesante el conocerlo.

Unas especies son sus enemigas,
Otras esclavas, otras compañeras,
Aquellas en los bosques siempre habitan,
Estas en las cavernas más profundas, 475

O en árboles, o en aguas o en guaridas,
O son de nuestras granjas familiares,
O de nuestras cabañas porcionistas,
O nos hacen la guerra, o se la hacemos,
En las pescas del mar, o cacerías... 480

Estudia, pues, sus genios, sus costumbres,
Su industria, sus astucias y sus riñas;
Y, sobre todo, la insensible escala,
Por la cual las especies se deslindan,
Y al hombre se aproximan poco a poco, 485
O hacia las plantas en la tierra fijas.

Aun esto no es bastante, pues si quieres
Tener de estos objetos la cartilla,
Y el conjunto feliz, un gabinete
Dispón en tu morada, donde existan 490
Los tres reinos, unidos como en Cortes,



Con sus tablas, cajones y divisas,
Por sus clases, sus géneros y especies,
Teniendo los curiosos a la vista,
De la Naturaleza el noble cuadro, 495
Y del Mundo total la breve cifra.
Pero no hagas difícil esta empresa,
Y, desde luego, tu atención limita
A producciones de tu territorio,
Que como a compatriotas ver solías. 500

Entre los minerales, pon las tierras,
Las arenas, las piedras, las dendritas,
Las sales, los azufres, los betunes,
Los metales, que pesan y que brillan;
Los cristales de roca transparentes, 505
Los bezoares, geodes y piritas,
Los talcos, los amiantos, los asbestos;
Las maderas, que el agua petrifica,
Y, en fin, cuantos objetos naturales
Fuego, aire, tierra y agua modifican. 510

Con no menos curiosa complacencia
Corro del reino vegetal la lista,
Y veo en sus cartones hermanados
Los musgos de la mar, llenos de pintas;
El líquen⁹⁵ de los árboles y peñas; 515
La tintorera Canariense orchilla⁹⁶ ;

⁹⁵ «Lichên» en el original.



El agárico que la sangre estanca ⁹⁷,
Y que del pedernal coge las chispas;
La ninfea, que extingue los amores;
Y aquellas populosas ramas vivas ⁹⁸, 520
Que a los reinos de plantas y animales
Pertenecen con rara maravilla.

En el reino animal, cuantos contrastes
Se pueden ver con gracias exquisitas,
Si en un mismo lugar se congregaren 525

El águila y la mosca, en simetría ⁹⁹;
El ave del país y la de paso;
El oso informe, y la ágil cabritilla;
El armadillo y el rinoceronte;
El perezoso, y la ligera ardilla; 530
Escamas de culebras y pescados;
Los huevos de avestruz y lagartija;



⁹⁶ GLORIA DÍAZ PADILLA y JOSÉ MIGUEL RODRÍGUEZ YANES: *El señorío en las Canarias occidentales. La Gomera y El Hierro hasta 1700*, Santa Cruz de Tenerife, 1990, p. 332-334, recogen el testimonio de Béthencourt y Castro, que sigue a Cadamosto y Viera, sobre la exportación de orchilla desde Canarias a la Península a partir de mediados del siglo XV. La interesante memoria de Béthencourt y Castro (*Discurso sobre la Historia natural de la Orchilla, con reflexiones acerca de su conservación y aumento de cosecha por lo respectivo a esta Isla de Tenerife* (1779), ha sido publicada por JUAN TOUS MELIÁ: «Los discursos públicos en la Real Sociedad en celebración del nombre del Rey: Historia natural de la Orchilla y la pesca de la sama», en VV.AA.: *La Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife. Sus primeros pasos*, Santa Cruz de Tenerife, 2002, p. 293-297.

⁹⁷ Véase Nota XVI original, al final del poema.

⁹⁸ Véase Nota XVII original.

⁹⁹ Véase Nota XVIII original.



La nautila, que es góndola del agua,
 Y la grulla, del aire audaz nautila;
 El mono inquieto, y la cotorra indiana; 535
 Que en el gesto y la voz al hombre imitan;
 El animal doméstico y el vago;
 Los que en el mar y tierra a un tiempo habitan;
 El peje volador, la ave remera,
 Que cambian de destino y de provincia... 540
 Y vosotros también sois convocados,
 En la escala viviente o últimas líneas,
 Insectos numerosos que, en el campo,
 Rodáis, voláis, saltáis, corréis de prisa.
 Yo quiero colocar, entre cristales, 545
 La oruga, la crisálida, la ninfa,
 La vagamunda, mariposa bella,
 Que desdeña orgullosa su familia;
 El gusano que mora en las pocetas¹⁰⁰;
 El que las flores y las frutas liba; 550
 El que su tienda entre las hojas planta;
 El solitario cruel que, como cinta,
 Al hombre interiormente chupa y mata¹⁰¹;
 El que nuestras paredes entapiza;
 El que de suave lana hace su ropa; 555
 El que roe, construye, teje o hila;

¹⁰⁰ «Pozetas» en el original.

¹⁰¹ Véase Nota XIX original, al final del poema.

El que con flueco de oro hace su tumba;
El que galán, de noche se ilumina;
Aquel que vive cabalmente un año;
Aquel que solamente vive un día; 560
Todos, todos venid los que este Globo
Pobláis con vuestras tribus infinitas,
Que sin fin se renuevan: yo os aguardo;
Venid a mí con vuestras galas ricas,
Traed vuestras garzotas admirables, 565
Vuestras perlas, rubíes y amatistas.
Enseñadme los fúlgidos estuches,
Que abrigan fuertes vuestras alas finas:
Ese asombroso número de ojos¹⁰²,
Hechos con tal primor y tal pericia, 570
Que unos son microscopios para cerca,
Y otros anteojos son de larga vista.
Mostradme esas barrenas, esos dardos,
Que armas son e instrumentos; esas limpias
Delicadas antenas, con que sabios 575
Sondeáis las cosas, yendo a tentadillas;
Esos pífanos, trompas y timbales,
Marcha de amores, generala de iras;
En fin, esos amaños y resortes,
Que a la industria del hombre dan envidia, 580
Máximas pequeñeces que, ellas solas,

¹⁰² Véase Nota XX original, al final del poema.



Prueban un Dios y una sabiduría.

Tal es el triple imperio que, a tu mano,
Puedes tener, si cuando te dedicas

A coleccionar las varias producciones 585

Que la Naturaleza te prodiga,

Este afecto a los seres que te cercan

En todo podrá ser tu hechicería,

Pues si ves una piedra o una planta,

Una sal gema o una estalactita, 590

Tu mano codiciosa la hará suya

Y le dará en tu cuarto hospedería.

Si el día es nebuloso, y de él no sales,

Allí ves todo cuanto ver podrías;

Mas si salieres, no darás un paso, 595

Sin que te llamen cosas atractivas.

En sus playas el mar para ti deja

Una concha, una esponja o coralina;

Mientras acá la tierra socavada,

Te da el brillante trozo de una mina. 600

Si ves volar alguna mariposa,

Que en tus tablas no tienes todavía,

Con ansia la aprisionas y tu marcha

Es una adquisición nueva y continua.

Coloca con primor estas alhajas, 605

En que un orden metódico presida,

Poniendo siempre al pez, al bruto y ave

Con su ademán y su fisonomía:

El pájaro, posado en una rama,





Parezca que a volar se determina; 610
Con un aire bribón la comadreja
Muestre traza aguzada y relamida;
Premedite la zorra una emboscada
Con toda su rapaz bellaquería:
Que cada cosa, en fin, esté animada, 615
Y que, aunque muerta, la creamos viva.

Deja a los gabinetes de los reyes
Esas monstruosidades inauditas,
Esos fetos, tal vez con dos cabezas;
Guanches sin corrupción, momias egipcias; 620
Huesos de los gigantes portentosos,
Leones y panteras de la Libia...

Mas, si algún ave, dócil y halagüena,
Te fue viviendo, amable y divertida; 625
Si algún mastín, tu amigo fue constante,
Y te sirvió con celo e hidalguía;
En lugar de erigirle un mausoleo,
Que deshonre tu duelo y aun tu quinta,
Hazle en tu gabinete la apoteosis,
Y un campo Elíseo, donde en paz exista. 630

Así te he de ver yo bien colocado;
¡Oh mi marramaquiz!, de quien podría



⊗

Lafontaine alabar¹⁰³ las propiedades,
 Pues, con gracias de gato, en ti vería
 De perro los cariños afectuosos; 635
 Fiereza con dulzura, bondad fina,
 Distracción aparente, fingimiento
 De un profundo embeleso, con las miras
 De acechar un ratón o grillo o mosca.
 Sí, sí, yo te he de ver, quizá algún día, 640
 Puesto en mi gabinete, engalanando
 Con el suave caftán de tu pellica,
 Tal como cuando vienes a mi mesa,
 Me mayas, con sin par zalamería,
 Haces corcovos con tu espalda dócil, 645
 La cola ondeas, pronto a mis caricias,
 Y con topetaditas y revueltas
 Me estremeces el pulso y, con la tinta,
 Mi pluma llena ya de garabatos,
 Los tiernos versos que ella te dedica. 650

¹⁰³ En tanto que fabulista. Las fábulas del poeta francés Jean de La Fontaine (1621-1695), fueron impresas en multitud de ediciones ilustradas. Una de ellas data de mediados del setecientos.



Canto Cuarto



Los aspectos sin fin de aguas y tierras
Son fértil manantial de ricos cuadros:
Por eso siempre con placer registro
Cielos azules en azules charcos,
Ríos que transparentes se despeñan, 5
Gramas tras los arroyos serpenteando;
Florestas cuyas copas se oscurecen,
Mieses que amarillean en sembrados,
Verdes cañadas que los cerros cantan,
Cumbres que con la esfera se han cargado, 10
Mientras se extienden en sus faldas bellas
Vanos de su extensión, risueños prados,
Y para colorar tales países
Gira pomposo el sol en el zodiaco.
Feliz quien, contemplando estas escenas, 15





De su hermosura goza enamorado;
Y más feliz aquel que, al recorrerlas,
Con dulce lira les consagra cantos.
Todo para él se adorna, él recopila
Cuanto en el mundo observa derramado, 20
Y rival de la fiel Naturaleza,
Con la composición de su entusiasmo,
No solo goza del amable objeto,
Sino también de su inmortal retrato.

De aquí se alejen, pues, esos poetas 25
Que nos dicen en versos desmayados,
Lo que mejor, cien veces, ya se ha dicho,
Y lo que dicho, a nadie ha embelesado.

Rimadores insípidos, pregunto: 30
¿Todavía no están bien agotados
Los perfumes de Flora? ¿Todavía
Los brincos cantaréis de los ganados?
¿Al susurro del agua dormiremos?
¿Céfiro no estará ya fastidiado
De acariciar la rosa; y, en los montes, 35
Siempre los ecos han de estar sonando?
¿Tan pobre puede ser aquel que pinta
De la Naturaleza el rico erario?

¡Con qué verdad, en deliciosos versos,
El diseño feliz nos trazó Horacio 40
De aquel álamo blanco y de aquel pino,
Que entretejiendo sus sociables ramos,
Hospicio daban con sus frescas sombras



⊗

A una merienda; mientras, a su lado,
 Un arroyo fugaz, que se apresura, 45
 Da varios giros, sin mostrarse tardo!¹⁰⁴
 ¡Ah!, que para pintar el campo ameno
 Preciso es verlo, necesario amarlo;
 Pero, insensible a sus preciosos dotes,
 Con musa no campestre, el ciudadano 50
 Lo pinta sin amarlo y conocerlo.
 Apenas toma gusto regalado
 A la paz que florece en su recinto,
 Ni al tierno amanecer de un día claro.
 Así, leed sus versos, y en su estilo 55
 Conoceréis que este pintor del campo,
 Amante es de la villa a manos llenas;
 Rico en palabras, viste de topacios,
 De ópalos, de rubíes y zafiros
 La Aurora¹⁰⁵ que al Oriente va asomando. 60
 Si esparce flores, son diamantes puros,
 Si la yerba humedece, es con su llanto;
 Y el color de la rosa y del junquillo
 En Potosí y en Tiro lo ha buscado.
 Así, cuando de joyas y de dijes, 65
 Osa cargar el traje soberano
 De la Naturaleza tan modesto,

¹⁰⁴ Véase Nota XXI original, al final del poema.

¹⁰⁵ Hija de la Tierra y de Titán, preside el nacimiento del día.

Solo lo que consigue, es afearlo.
Tal fue en la Grecia aquel pintor novicio,
Que de Venus¹⁰⁶ pintando el simulacro, 70
No acertó a diseñar sus incentivos,
Lo suave de sus carnes y lo blando,
De su seno el contorno delicioso
Lo voluptuoso de sus bellos brazos;
En suma, no era Venus; pero supo 75
Su pincel prodigar, con sumo fausto,
Piedras preciosas, oro, plata, perlas.
Zeuzis¹⁰⁷ vio la pintura e irritado
Le dijo: ¡Ay infeliz!, ¿qué es lo que has hecho?
Lo rico y no lo hermoso aquí has pintado. 80
También se deben huir esos poetas,
Que minuciosos en superfluos rasgos,
Mas siguen a Lineo que a Virgilio,
Cuando un objeto toman a su cargo,
Pues en cualquier insecto se detienen 85
Y lo describen con la lente en mano,
Pintores que, sin gusto, copiar quieren
De una dama las pecas y los barros.
Tú pinta todo en grande, ¿ya no has visto,
Al momento que el alba va rayando, 90

¹⁰⁶ Es decir, la Afrodita griega.

¹⁰⁷ Zeuxis o Zeuxippos, pintor griego del siglo V a. C. Pasó la mayor parte de su vida en Atenas, donde fue uno de los artistas más renombrados de su tiempo.



Desde las arduas cumbres de algún monte,
El pintoresco prodigioso espacio
Con cerros, valles, ríos, mieses, bosques,
Praderas que emblanquecen los ganados...
Y allá en el fondo azul del horizonte 95
De sierras un confuso anfiteatro?
Pues ese es tu modelo: el pincel toma,
Píntanos unos grupos tan variados.

Es cierto que un Apeles¹⁰⁸ instruido
Concede en su paisaje el primer grado 100

A un solo objeto; tú no elijas nunca
Sino aquel en el cual, de un modo grato,
Lo bello natural más resplandezca;
Pero deja que crea el hombre fatuo,
Que el bello natural siempre consiste 105
En lo que es regular y compasado.

Está muy bien que pintes lo copudo,
Lo majestuoso, recto y elevado
De esos árboles nuevos; mas el tronco
Tortuoso, mal vestido, avejentado, 110
Cuyos ramos se inclinan hacia el río,
Un verso de tu musa está esperando,
Que la Naturaleza, siempre augusta,
Interesa en sus mismos descabros.

¹⁰⁸ Apeles (352 a 308 a. C.), uno de los más famosos y queridos artistas de la Grecia antigua.



¡Naturaleza!... Sí, deidad sublime, 115
Todo cuanto ejecutas, es milagro
Y tiras a infundir en nuevos pechos
Un transporte feliz o un horror santo.
Ya en largas vegas, joven, fresca, airosa,
Con traje rozagante vas marchando, 120
Y de los pliegues fáciles sacudes
Suaves rocíos y colores varios.
Tus manos siembran frutos y verdores:
De un bello día los lucientes rayos
Nacen de tu sonrisa; de tu aliento 125
El céfiro ligero es suave parto;
El mormullo armonioso de las fuentes,
Los gorjeos del bosque son los claros,
Dulces acentos de tu voz divina:
En los desiertos, diosa del espanto, 130
Sobre cimas decrepitas de hielo
Tu formidable trono colocando,
Ciñen tu altiva frente añejos pinos,
Que el viento hace crujir; desde tus flancos
Se desprenden torrentes espumosos; 135
Se vibran de tus ojos los relámpagos,
Tu voz es trueno, y tus respiraciones
Volcanes son que causan fiero estrago...
Mas, ¿quién podrá seguir las variaciones
De tus aspectos ricos y alternados, 140
Ni delinear tus excelentes obras
Desde el monte sublime al valle opaco,



Desde el cedro que el Líbano prefiere,
A la violeta amante de los prados?
Si olvidamos, tal vez meditativos, 145
La sencillez de nuestros suelos patrios,
Y bajo de otros climas y otros cielos,
Pasando el mar, aquel país buscamos
Donde, en ardiente zona, el sol anima
Cada nación con más glorioso garbo; 150
El Orinoco, el Amazona inmenso
Descubriremos, fieros hijos ambos
De los Andes excelsos, que disputan
Al mar los privilegios, y bañando
Una mitad del mundo, sus riberas 155
Las aves pueblan en brillantes bandos,
Mientras crían sus senos anchurosos
Grupos espesos de verdor lozano.
Ya con magnificencia se despliegan,
Y con grave silencio van marchando; 160
Ya se precipitan impacientes
Con vehemencia tanta y tal fracaso,
Que fatigan los ecos sus gemidos,
Y al escuchar el ruido y el conato,
Se pudiera creer que caen del cielo, 165
Y no que por la tierra van rodando.
Dibújanos sus pájaros y bestias,
El lujo de sus flores y sus ramos,
Los vastos bosques, viejos como el Mundo,
Obscuros y profundos como el Caos, 170



Ganados sin pastor, mieses sin hombres,
Campañas libres, páramos sin amo,
Vergeles naturales que produjo,
Con salvaje primor, el puro acaso,
Y, en fin, esas erguidas cordilleras, 175
Junto a las cuales son montes enanos
Los Pirineos y los Apeninos;
Nuestras florestas, matorrales bajos;
Y el Danubio, que corre tan soberbio,
Un riachuelo, donde todo es vado. 180

Desde estos sitios fértiles y amenos,
Pasemos a los sitios desgraciados,
De donde desterrada está la vida,
Pues la esterilidad reina a su salvo. 185
Allí callada, triste, macilenta,
En medio de arenales africanos,
No halla un arroyo que su sed sacie,
Mientras el gran calor la está abrasando.
Píntanos tú el ardor de aquellos climas,
Lo seco, lo cerril, lo solitario, 190
Y que este mismo fuego de tu numen
Queme en tus versos como allá en los campos.
Pinta al dragón que surca aquella tierra
Con sus nerviosos retorcidos lazos,
Cambiando al sol sus lívidos colores, 195
Y escupiendo ponzoña por sus labios;
La hiena y el tigre que la infestan,
Las aves de rapiña allí graznando,





Y al león con rugidos pavorosos,
Proclamándose rey y soberano. 200
De aquí pasando al límite del Orbe,
Donde el invierno erige su palacio,
Y donde el aquilón, ministro suyo,
Del frío y la intemperie obtiene el mando;
Píntanos de la escarcha la aspereza, 205
Los copos de la nieve, que caen vagos,
Las cristalizaciones del granizo,
Los torales de hielo amontonados;
Y que en tus versos descriptivos pueda
Tiritar toda el alma al recitarlos. 210
Pero, entre los rigores de tal cielo,
Diséñanos también los puntos gratos
Que tiene el Septentrión: los bellos prismas
De diáfanos carámbanos helados,
Que rompen, y reflectan a los ojos 215
Del sol, las flechas con colores varios,
Sus brillantes agujas en las peñas,
O en las hojas del pino titubeando,
O forrando las cañas de una costra.
El río inmóvil, consistente el lago, 220
Y el mismo mar profundo reducido
A un cerúleo y magnífico peñasco,
Páramo de lucientes horizontes,
Donde el lapón, en su ligero carro,



Por lúbricos caminos corre, y vuela 225
De los renos pacíficos¹⁰⁹ tirado.

Después de visitar estas regiones,
Retrocediendo a nuestros climas patrios
Del suave estío y del benigno invierno,
Desfrutemos los hálitos templados. 230

A nuestras selvas, prados y vergeles
Con complacencia singular volvamos:
Al susurro de nuestros arroyuelos,
A los nidos que pueblan nuestros bardos,
A nuestras frutas de color más fino, 235

A nuestra Flora y Pales, cuyo trato
Es en todo más simple y más modesto;
Y a nuestro ruiñeñor, que aunque privado
De los vivos colores de las Indias,
Es de nuestras florestas el encanto. 240

Pero no pintes siempre ni describas:
Coloca espectadores en tus cuadros
Para animar la escena, conociendo
Que aquel que no interesa, es autor vano.
A los ojos del hombre, sin el hombre 245
No hay en el mundo verdadero ornato,
Pues es un templo que se cree vacío,
Y está pidiendo el numen que ha de honrarlo.
¿Llega ya el hombre? Todo se despierta,

¹⁰⁹ «Las Renes pacíficas» en el original.



Movimiento, placer, gusto, regalo. 250
Píntame en los collados de las viñas
Mozos vendimiadores con canastos;
En los valles, pastores que apacientan,
Y jóvenes doncellas en los baños,
Que tímidas apenas valor tienen 255
De confiar a las ondas por un rato,
Los tesoros secretos de sus dotes,
Y como que se asustan, con empacho,
De que sus mismos ojos las descubran;
Mientras en la ribera un sutil fauno, 260
Detrás de la espesura de los mirtos,
Abriendo una cortina, está acechando.

Si de tus cuadros rústicos el hombre
Ausente está, ¡qué actores tan gallardos
El pueblo de animales darte puede! 265
Los tímidos, los fieros y los mansos,
Los rebeldes, los dóciles, los fuertes,
Los amigos, los libres, los esclavos,
Aquellos cuya leche nos sustenta,
Aquellos cuya lana siempre hilamos; 270
Y si Bérghen con ellos daba vida
A sus paisajes con pincel bizarro,
¿Por qué el poeta, con su acorde lira,
No ha de hacer en sus rimas otro tanto?
Él nos dirá cómo, cuando el favonio 275
Hace temblar las hojas de un castaño,
También tiembla asustada la gacela,





Y huye corriendo, pronta como el rayo.
Él nos dirá cómo la vaca dócil
En la florida yerba muerde el pasto, 280
Y sus maternas ubres va extendiendo
Para el novillo, que retoza al lado.
Cómo el potro andaluz, envanecido
De su ascendencia, y de su estampa ufano,
Si oye la voz de las queridas suyas 285
Celosas del favor en su serrallo,
Inquieto, ardiente rompe las espinas,
Que guarnecen las cercas del vallado,
Se escapa presuroso y, con orgullo,
Emprende la carrera, dando saltos. 290
Ya con su pie ligero apenas pisa
La grama espesa, ya por el olfato
Solicita que el viento le dé indicios
Del objeto que busca, y ya confiado,
Tremolando los crines de su cuello, 295
Vuela hacia el río y sigue relinchando.
¿Deseas de interés un nuevo fondo?
Pues píntanos los brutos como humanos,
Y en ellos haznos ver nuestras ideas;
Dales nuestros afectos y conatos, 300
Dales nuestras costumbres y pasiones,
Y lograrás con ellos asociarnos.
En vano el gran Buffon probarnos quiso,
Humillando su gloria, y discordando,
En su prosa divina, de sí propio, 305





Que cual máquina el bruto es móvil barro,
Cuyos ciegos resortes ejercitan,
Con vida obscura, un cuerpo organizado.
Mas luego que él los pinta, cada bruto,
En su mortal pincel, va acaudalando 310
Del fuego celestial de Prometeo¹¹⁰
Una centella, digna de animarlo.
Tierna fidelidad adquiere el perro:
El buey paciencia, dócil al trabajo;
Fiero de conducir sobre sus lomos 315
Al jinete guerrero, el leal caballo
Es sensible al decoro de los triunfos,
Y divide con él el honor vano.
Así, cada animal restablecido
En los derechos que le había negado, 320
Tuvo un genio, un carácter y una industria
Y fue, con los que viven, numerado.
¿Pero qué mucho? Ya la poesía
Ejemplo a este filósofo había dado,
Delineando en sus lienzos elocuentes 325



¹¹⁰ Pariente de Zeus, formó los primeros hombres de arcilla, subió al cielo ayudado por Palas y robó el fuego sagrado para animarlos. Para castigarlo, Zeus le encadenó en el Cáucaso, enviando un águila que le devoraba el hígado, el que se regeneraba constantemente. Heracles mató al águila y le liberó. Prometeo tenía el don profético. Indicó a Hércules la forma de conseguir las manzanas de oro y le dijo que Atlante era el único que podría cogerlas en el Jardín de las Hespérides. También enseñó a su hijo Deucalión el modo de salvarse del gran diluvio que Zeus proyectaba para exterminar a la Humanidad.





Dioses, hombres y brutos combinados.
Mira en Homero cómo el héroe arenga
A la augusta cuadriga de su carro;
Y a Ulises ¹¹¹ que, volviendo a sus dominios,
Después de andar errante tantos años, 330
Su perro que afectuoso le conoce,
Muere a sus pies, lamiéndole las manos.
¿Y tú Virgilio? ¿Y tú sabio Lucrecio ¹¹²,
Con qué interés supisteis retratarnos
Las costumbres amables de los brutos? 335
Yo, con el Labrador, triste separo
De la coyunda al buey que gime y llora,
Viendo ya muerto a su querido hermano.
Yo tomo parte en la terrible guerra,
Que se declaran, nunca subyugados, 340
Los jefes de vacadas: ¡que contienda!
No me parecen toros, son dos guapos,
Dos rivales sin par: Aquiles ¹¹³ y Héctor ¹¹⁴,



¹¹¹ *Odysseus* en griego. El más célebre de los héroes antiguos. Su leyenda constituye el tema de la *Odisea*.

¹¹² Titus Lucretius Carus, poeta y filósofo romano. Escribió un poema didáctico titulado *De rerum natura*, distribuido en seis libros. Se basó en la filosofía de Epicuro y la física de Demócrito.

¹¹³ Como afirma Grimal, el retrato homérico de Aquiles es el de un joven de gran belleza: cabello rubio, ojos centelleantes y poderosa voz. Desconocedor del miedo, su mayor pasión es la lucha. Su carácter, empero, tiene facetas más dulces. Músico, sabe aquietar las preocupaciones con la lira y el canto.

¹¹⁴ El héroe troyano.





Por una Helena¹¹⁵ junto a Troya armados.
De ambición llenos, de odio constreñidos, 345
Bajan la frente y los torcidos dardos;
Hiérense los nervosos cerviguillos;
Y mugiendo de amor, dolor y agravio,
Suenan los ecos en el vasto Olimpo¹¹⁶;
Mientras todo el concurso está aguardando, 350
A ver a cual de aquellos dos campeones
El imperio le queda del ganado.

Mira otro bello cuadro: una becerra,
Viendo inmolar su ternero manso,
Inconsolable madre, corre inquieta 355
Por la selva, mugiendo y preguntando.
A sus gritos la selva le responde,
Pero no le responde el hijo amado.
Así, ni los arroyos difundidos
Por sobre limpios, cándidos guijarros; 360
Ni el fresco trébol, donde todavía
Las gotas del rocío están temblando;
Nada le hace impresión: mil veces corre,
Imprimiendo las huellas de sus pasos,
Desde el establo al conocido bosque, 365
Y desde el bosque al bien querido establo.
De aquí se aparta triste y quejumbrosa;



¹¹⁵ Esposa de Menelao, por la que los griegos lucharon durante diez años ante Troya.

¹¹⁶ Monte situado entre Tesalia y Macedonia, morada de los dioses.





De allí retorna con mayor quebranto;
Y vuelve en fin a irse, padeciendo
Con desesperación su desamparo: 370
¡Qué corazón no se conmueve viendo
De este materno amor el simulacro!
Aun al arroyo, aun a la arboleda,
Aun a las flores, con entrañable engaño,
La poesía puede concederles 375
Un alma viva, un genio imaginario.
Todo concurre a esta ilusión dichosa,
Cuando sus propiedades observamos.
Repara los cariños con que otorga
El agua al verde césped sus halagos; 380
Mira a la palma sin esposo triste,
Mira a la vid, que al olmo se ha apoyado,
Como extiende sus manos afectuosas,
Y le va repitiendo los abrazos.
¿Este instinto del agua y del arbusto 385
No los hace sociables? Ve mandando,
Y haz que el botón al céfiro desee,
Temiendo al aquilón como a un tirano;
Haz que el lirio sediento el agua pida;
Que salga el árbol joven bien criado, 390
Que aquel tronco con ramos de otra estirpe
Se admire de su pompa y fruto extraño;
Y si la nueva cepa está vestida
De pámpano superfluo, tú apiadado
Pide a la podadera no la ofenda, 395



Mirando a su belleza y tiernos años.
De este modo, creyéndonos unidos
Al bien y al mal de estos objetos caros,
Con dulce simpatía tu destreza
Mi corazón sensible estimulando, 400
Logra que, al ver un árbol, yo me sienta
Enternecido por un corto rato.

Quedan otros secretos, pues sucede
Que hay ciertos sitios que de cuando en cuando
Unas gratas memorias hermocean. 405

Describeme en tus versos (yo lo aplaudo)
Un país voluptuoso y divertido;
Pero si añades: Este fue el teatro
De mi niñez feliz; aquí se abrieron
Mis ojos a la luz y a los tempranos 410
Dulces placeres el afecto mío:
El corazón entonces, refrescando
Recuerdos tan dichosos, se conmueve,
Y ansioso vuela a ver el suelo patrio.

¡Oh de Limane campo delicioso, 415
A verte fui después de lustros cuatro,
Y luego que el excelso Montedoro¹¹⁷
Se presentó a mis ojos, aún lejano!
¡Ah cómo el corazón batió en mi pecho!
Todavía distaba largos tramos, 420

¹¹⁷ En Italia.

Y ya creía ver su alegre vega,
 Sus verdes lomas, sus risueños prados,
 Acusando la posta de tardía.
 En fin, llegué, los vi (¡Gozo extremado!)
 Todo lo andaba, registraba todo, 425
 Y cada sitio me iba despertando
 Un tropel de memorias halagüeñas.
 Ved aquí, dije, el roble afortunado
 En cuya copa yo buscaba nidos...
 En esta arena un pérfido solano 430
 Mis casitas de barro echaba al suelo...
 En aquel riachuelo y su remanso
 Yo arrojaba la piedra, que corría
 Resbalando, cayendo y rechazando...
 Me encantaba cualquiera bagatela, 435
 Pero no pude contener mi llanto,
 Cuando abrazaba al viejo venturoso,
 Que de mi infancia fue maestro y ayo;
 A mi madre de leche cariñosa;
 Al respetable cura, afable y sabio; 440
 Y yo exclamaba: ¡Oh sitios apacibles,
 De mi cuna testigos coetáneos,
 Testigos de mis días los más bellos,
 De mis dulces amores los más castos,
 ¡Oh sitios apacibles! ¿Qué habéis hecho 445
 De mis placeres? ¿Quién los ha robado?
 Mas este grato asunto me enajena;
 Pintores de paisajes, yo os encargo,

Que para hacer más vivas las escenas
Le presentéis, al que ha de meditaros, 450
Los sitios que el amó de cualquier modo,
O los sitios en donde ha sido amado.
Con contraste no menos hechicero,
Opón a un cuadro horrible, un tierno cuadro;
Al asilo fatal del negro vicio, 455
De la inocencia cándida el sagrado;
Y con los mismos males de la Villa
Procura hacer más agradable el campo.

Desde la altura, en donde nos presenta
París su Louvre, templos y palacios, 460
Al contemplar tan vastos monumentos,
Puedes decir: Allí reinan con fausto
Las artes liberales, la opulencia,
El cincel docto, el armonioso canto,
Las inmortales obras de la prensa, 465
Donde el ínclito ingenio se ha estampado...
Pero mirando luego estas bellezas
Como unos brillos de oropeles falsos,
Que ocultan fealdades insufribles,
Dirás también con justo desengaño: 470
Allí reina el orgullo y la bajeza,
Las desdichas, los males necesarios
De la riqueza, y la miseria suma.
Allí, de todas partes congregados,
Fermentan hoy los vicios de la tierra, 475
Y el disgusto sombrío, desdeñando

El placer permitido, al crimen corre.
 Allí del suicidio el monstruo infando
 Aguza su puñal, vierte el veneno.
 Allí de una laís el torpe bando 480
 Es azote fatal del himeneo,
 Y perenne rubor del celibato.
 Allí devora el hospital infecto,
 Con caridad cruel, cuerpos malsanos;
 Y el jugador allí, sobre el tablero, 485
 Echa el dado infernal desesperado.
 ¡Cuántos niños llorosos en la cuna
 Son de sus propias madres desechados!
 ¡Cuántos jamás de un padre recibieron
 Ni una sonrisa, ni un ligero halago! 490
 ¡Cuánto delito oculto, y dolor sordo!
 ¡Cuánta sangre vertida, y cuánto llanto!
 Tiembla la humanidad... Mas, enseguida
 Las imágenes dulces repasando
 De arroyuelos, de céspedes y grutas, 495
 Se nos presentan con mayor agrado
 Los céspedes, las grutas y arroyuelos,
 Y el corazón, que estaba tan amargo,
 Se consuela y ensancha placentero
 Con la Naturaleza en su regazo. 500
 ¿Y por qué yo, que doy gratas lecciones
 De adornar y vivir siempre en los campos,
 No he de poder gozar de lo que adoro?
 ¡Oh campos!, mis amigos, mis paisanos,



¿Cuándo os volveré a ver? Allá podría 505
Gustar del sueño en plácido letargo,
Divertirme con clásicos autores,
Y dejando correr con ocio grato
Mis indolentes horas, beber quieto,
Como en la fuente del Leteo sacro¹¹⁸, 510
El olvido sabroso de la vida,
De todos los vivientes olvidado.

Entre tanto, sembrad en vuestros versos

Las figuras y tropos, manilargo:
Con lo fuerte, mezclad lo que es más dulce: 515
Con lo risueño, aquello que es opaco:
Y que la misma voz, con su sonido
El objeto me pinte, al escucharlo.
Con verso vivo, al céfiro ligero, 520
Al parlero raudal, con verso claro.
Al torrente que hierve y se revuelca,
Con versos escabrosos tumultuarios;
Al buey, que lento rompe el suelo duro,
Con rimas cortas y vocablos tardos;
Pero al gamo, que rápido hace fuga, 525
Con sílabas que vuelen a alcanzarlo.
Y así de vuestro canto la cadencia

¹¹⁸ Chompré lo define como el «río del infierno, de cuya agua tenían obligación de beber las almas, con lo que al instante olvidaban enteramente lo pasado. Es el mismo que el río del olvido».

Imitando la acción, la irá pintando.
 Mas, con todo, serás hartó dichoso,
 A pesar de estos pródidos cuidados, 530
 Si tienes que pintar siempre con fruto
 Alegres días, puntos bien situados.
 Así, cuando dictares en tus versos
 Los rústicos preceptos, abre franco
 De tu vena poética el tesoro. 535
 ¿Es árido el precepto? Adornároslo;
 ¿Es fastidioso? Préstale alegría;
 Dale nobleza real, si es ordinario.
 ¿Interrumpe tal vez en tus lecciones,
 La serie del discurso?, para..., haz alto... 540
 Y al lector, que te sigue atentamente,
 Dale en un episodio algún descanso.
 Aprende, pues, de Homero; él describiendo
 La labranza feliz, siempre que al cabo
 Llega del surco el buey, a quien persigue 545
 La cruel guijada tras del recio arado,
 Daba a beber un generoso vino
 Al labrador, del mucho afán sudado,
 El cual, con el cordial fortalecido,
 No sin nuevo placer volvía al trabajo. 550
 Mas, ¿para qué lecciones ni consejos,
 Si es bastante deciros, y aun sobrado,
 Leed a Virgilio? Ved con que armonía
 Enseñaba el cultivo a los romanos.
 ¡En sus pinceles que verdad tan pura! 555

Un limpio arroyo en donde ve fluctuando
 Su imagen bella una pastora joven,
 No la copia jamás con primor tanto.
 En sus versos respira la Edad de Oro ¹¹⁹ :
 Leed a Virgilio, que felice llamó 560
 Al que sabe gustar de sus hechizos,
 ¡Y qué infeliz, al que no ha derramado
 Algunas lagrimillas al leerlo!
 Cuando con voz melosa dice: ¡Oh honrado,
 Oh venturoso viejo, tú conservas 565
 Todavía tus trojes y tus campos!
 Cuanto este feliz viejo me interesa
 Y el vergel que plantó, y el techo ahumado
 Que le ha visto nacer; pues me imagino,
 Que estoy con él, y que él me está mirando. 570
 ¿Y si pinta la tierna tortolilla,
 Y al palomito, que se está arrullando?
 ¿A la abeja, que zumba en el romero?
 ¿Al leñador, que canta al pie del árbol?
 ¿O al raudal frío? ¿Qué pintor del mundo 575
 Dio mejor colorido a hermosos cuadros?
 Pero, ¡qué es lo que escucho! ¿Qué voz suave

¹¹⁹ En Los trabajos y los días, Hesíodo recoge el mito de las diferentes razas que se han sucedido desde los comienzos de la Humanidad. Al principio, afirma, existió una «raza de oro», que coincidió con el reinado de Crono en el Cielo. Los hombres vivían como dioses, al abrigo de las penalidades y miserias. No conocían la vejez y pasaban su tiempo, siempre jóvenes, en medio de festines y banquetes. La muerte era un dulce sueño.

Suena con melodía? Es la de Galo
Que canta a su Lycoris¹²⁰, que está ausente,
Y en favor de Lycoris va rogando 580
Al hielo, sobre el cual sus plantas tiernas
Han de pisar, que no le impida el paso.

Musa de la Égloga, sin igual Virgilio,
Maestro mío, cuando por ensayo
Yo resolví cantar los campos bellos; 585
Todos los fui corriendo y observando,
El bosque, el prado, el monte, el río...
Yo te leí después, y vi con pasmo,
Que la Naturaleza y tú, eran uno.

Perdona, pues, si mi ambición, osando 590
Tomar de tu guirnalda algunas flores,
Quiso imitar tus superiores rasgos.
¡Oh, si hubiera podido darles vida,
Así como en el alma fiel los guardo!
Mas ellos fueron mi primer estudio, 595
Y si no hacen mi gloria, hacen mi encanto.

De esta manera, mientras la Discordia¹²¹
Llenaba el Universo de atentados,
Yo feliz celebraba, con voz libre,

¹²⁰ Licoris. Alude a la Égloga Décima de Virgilio.

¹²¹ Esta diosa fue expulsada del cielo, ya que indisponía continuamente a los dioses entre sí. En tiempos de Viera se la representaba con la cabeza llena de culebras, una antorcha encendida en una mano, y una culebra y un puñal en la otra; el color cárdeno, la vista torcida, la boca espumosa y las manos ensangrentadas.



Entre rocas silvestres solitario, 600
Naturaleza, campos, artes y hombres.
Ojalá que los cielos soberanos
A mi lira campestre sean propicios;
Y que yo, en galardón de mis conatos,
Ver pueda aún algunas primaveras 605
En medio de los campos, que tanto amo,
Solo viviendo para mis amigos,
Para mi gabinete y libros raros.

Canaria, 1802.







Notas a los Cantos¹²²



I



*Ya unas Ninfas,
Que del Vístula son honra y portento.*




Esto alude a la siguiente carta que la Princesa de Czartorinska, en Polonia, escribió al autor:

Usted me habrá de perdonar, si es que interumpo sus estudios, pues quando toda una sociedad de Damas se endereza á V^d para obtener lo que apetece, debe

¹²² En las notas se ha respetado la ortografía original. De acuerdo con la transcripción realizada por Zulaika Navarro Abreu.

V.^d echar la culpa á su celebridad. Congregadas en una Quinta, en la qual residimos; la amistad, la inclinación, y el parentesco, son otros tantos vínculos, que no nos dexarán separar.

Siendo natural, que procuremos hermohear este retiro, ha sido el Poema de los Jardines nro modelo, conducidas de la sensibilidad, la memoria, y la gratitud. Actualmente nos ocupamos en erigir un monumento á aquellos Escritores, cuyos libros nos dan continuas lecciones de ternura y placer: por lo que esculpíremos, en una pirámide de mármol sus nombres, con división de clases. En la primera faz, Pope, Milton, Young, Sterne, Shakespear, Racine y Rousseau. En la segunda, Tetrarca, Anacreonte, Metastasio, el Taso, y Lafontaine. En la tercera, Madamas Sevigné, Riccoboni, la Fáyete, Deshouliers, y Sapho. Y en la quarta, Virgilio, Gesner, Gresset, y Delille. Todas estas fachadas estarán orladas de árboles, arbustos y macetas de flores. Las rosas, jazmines, lilas, violetas, y pensamientos, del lado de las Damas. Del lado del Tetrarca, Metastasio y Anacreonte; loa arrayanes. Junto al Taso; el laurel. Junto a Shakespear, Young, y Racine; el sauce lloroso, y el ciprés. Y delante de los demás, quanto los bosques, vergeles y prados tienen de mas vistoso: por que cada una de nosotras, ha de plantar un árbol en obsequio de estos Poetas, que nos han inspirado el gusto de la vida del campo, y que por consiguiente han contribuido a nuestra felicidad.



Solo nos falta una inscripción, que abrazando la idea, la transmita á la posteridad; y por aclamación hemos todas resuelto, que no la debe hacer otro que Mons.^r Delille. Nosotras la pedimos no solamente á vuestro ingenio, sino también á vuestro corazón; pues no dudamos que este sencillo homenaje lo sabrá expresar bien el celebre Autor del Poema de los Jardines, el Traductor de las Geórgicas de Virgilio, y lo que es mas, un sujeto dotado de delicadas sensaciones etcétera.

II



Plinio, Hist. Natur. Lib.18.sect.8.



III

Descripción del famoso Canal de Languedoc, Por medio del qual se junta el Mediterráneo al Océano. Emprendiolo en 1616 Paulo Riquet, y se concluyó en 1680.

IV

Ovidio, Metamorph. Lib. IX.



V

Los Papeles públicos anunciaron un acontecimiento semejante, sobrevenido en la Ysla de Wight, una porción de la qual se abismó con caseríos, y arboledas.


VI

Según muchos célebres Físicos parece, que no son los bosques enterrados, y carbones fósiles las únicas materias propias para mantener los fuegos subterráneos. Lemery, Homberg, y otros consiguieron con una mixtura de azufre, hierro, y agua, efectos semejantes á los de los volcanes. La Tierra encierra montones considerables de pyritas, que el agua sola suele inflamar. El acido vitriólico, si se combina con el hierro, produce un gran calor, y mucho gas inflamable, que encendiéndose fácilmente, puede causar fuertes explosiones.

VII

En esta línea es uno de los ejemplos más notables el del pueblo de Pleurs en la Valtelina, al pie del monte Conto. El 6 de octubre de 1718, después de unas lluvias copiosas, estando la noche serena, se desplomó de improviso una colina y lo abismó, quedando sepultadas





2430 personas. Ygual estrago hizo en el lugar, llamado Schilano, y los escombros cubrieron una legua en quadro, quedando el río en seco. Hállase la noticia de esta catástrofe, con sus estampas, en la Historia Natural de la Suiza por Scheucher.

VIII

Alude todo esto á los descubrimientos de las ciudades de Herculano, y Pompeia, que una erupción del Vesubio había sepultado.



IX

Quando se examinan los mármoles y las tierras calcáreas, se echa de ver, que sus masas se componen de fragmentos de conchas; y que para formarlas empleó la Naturaleza los conductos y filtros de estos vivientes aquátiles, cuyas facultades digestivas tiene la virtud de transmutar el agua en piedra por medio de sus insudaciones. La imaginación se atemoriza al considerar, que prodigiosa cantidad de estos animalillos de conchas sería necesaria para la composición de todas las sustancias calizas: y por lo mismo ningun fenómeno de quantos ofrece la Historia del Mundo ha asombrado tanto á los Naturalistas. Ellos han encontrado inmensos ban-




cales de conchas en casi todo nuestro Globo: en las montañas que están 500 toesas sobre el nivel del mar; y en las llanuras más distantes de la mansión natural de dichos vivientes, que suele quedar á 200 pies de profundidad. Todos los lechos de piedra calcárea, mármoles, espatos, yesos etcétera parecen compuestos de fragmentos de animales testáceos; y estos lechos ocupan muchas leguas en quadro, y aún provincias enteras. Véase la Historia Natural del Conde de Bufón.

X



Aquí se trata de aquellas plantas que se crían en abundancia baxo del agua, sin el contacto inmediato del ayre, o que solamente lo tocan por sus extremidades. No crecen en la mar alta, sino en las riberas, donde el sol las puede fomentar. El hombre, que de todo saca partido, ha hallado en algunas alimento, para sí, y para las bestias: en otras, cobertura para sus casa, y para hacer vallados. De las de fibra fuerte y dócil, ha sabido torcer sogas. La Medicina ha busca remedios con buen éxito; y la Yndustria ha sacado la sosa etcétera. Esta vegetación marina favorece también la multiplicación de los pececillos, por que en ella se aloja una infinita muchedumbre de insectos, de que se nutren; y les da guarida contra los peces grandes sus tiranos: pudiendo creerse, que estos musgos sirven para purificar el ayre,

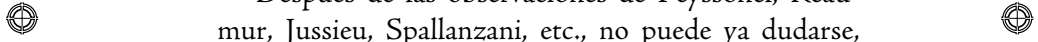





como las plantas terrestres. Arrojadadas sobre las playas por los embates del mar, se pudren, y sirven de mantillo y abono para la agricultura. En fin, algunos Naturalistas han opinado, que el carbón de piedra, y la turba combustible fueron montones de estas mismas plantas, que por un efecto de las vicisitudes del Mundo quedaron sepultadas en la tierra.

XI

Del Pólipo del agua obra exquisita.



Después de las observaciones de Peyssonel, Reaumur, Jussieu, Spallanzani, etc., no puede ya dudarse, que los corales, coralinas, Padréporas, Esponjas, Litófitos, etc., no sean obras de varias especies de gusanos marinos, que se multiplican con una increíble abundancia, formando, con su propio sudor, las republicas en donde habitan. Las diferentes figuras de estos panales calcáreos, y sus ramificaciones muchas veces, semejantes á un arbolillo con su tronco, habían engañado á los antiguos Naturalistas, quienes los tuvieron por legítimos vegetales.





XII

Que nadando son rocas movedizas.


Entre las más monstruosas Ballenas, y cachalotes, se coloca otra bestia cetácea llamada *Kraken*, cuya existencia parece fabulosa, si se atiende a las asombrosas dimensiones que le dan autores respetables. Del gran Pulpo *Sepia Octopedia*, se dice también, que llega a tener una magnitud increíble.

XIII



El monte *Jura* es uno de los principales ramales de los Alpes, que desde la *Cluse*, cerca del lago de Ginebra, toma su dirección ázia el Norte, entre la Francia y la Suiza. Del *Montanverts* hace Bourrit la descripción siguiente. «Entre la Francia y la bella Italia veo reunidos los horrores de los dos Polos del Mundo, y la imagen de la Naturaleza al salir del Caos. Montes descarnados y desgarrados de arriba á baxo: hendeduras y roturas, que amenazan con entrecejo á los cielos; y unas cimas canosas, que desafian el furor de los elementos, y las injurias del Tiempo. En sus faldas, está como un mar embravecido, cuyas olas de yelo han sido sorprendidas repentinamente en su acción. Atónitos mis ojos






me transportan á la Nueva Zembla, ó Spitzberga, países inútiles para el género humano.

XIV


*Restituye diestro
La parte que prestó para el enigma.*

Aquí se hace mención de los sucedido en París con el celebre Botánico Jussien, quando sus discípulos intentaron engañarle; pues á la primera ojeada reconoció los trozos de las distintas plantas, que componían la que presentaban.



XV

Solamente un Botánico es capaz de conocer el gusto, que se tiene, de vuelta de una Herborización, en examinar y numerar las plantas adquiridas. Se les concede hospitalidad: se les trata conforme al parentesco que tienen con las familias conocidas: se estudian sus fisonomías y caracteres, para clasificarlas. Se enxugan entre dos hojas de papel de estraza al sol, ó al calor del fuego. Se pasan, en estando secas, á un papel fino, trávandolas con un alfiler, sentándolas del modo, que les es natural, y escribiendo al lado su nombre, y sus virtu-



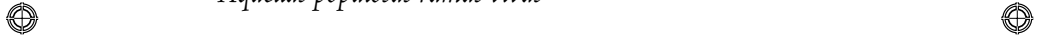
des. A fin de preservarlas de la polilla, se les pone polvos de cohombriño amargo.

XVI




El *Agárico* es una especie de hongo, el qual machacado con nitro sirve para yesca; y subministra uno de los estípticos mas poderosos para contener las hemorragias.

XVII



Aquellas populosas ramas vivas



Alude á los pequeñísimos Pólipos del mar, y de agua dulce. Las observaciones que se han hecho sobre ellos, trastornan todas las ideas que hasta aquí se tenían del reyno animal. Quien creería, que pudiera haber animales que se multiplicasen, haciéndolos un picadillo? Que dividiendo un Pólipo en veinte ó treinta porciones, cada una de ellas, en poquísimos tiempo, llegase á ver un Pólipo semejante á aquel del qual acababa de ser una minutísima parte? Que en cada uno de los dichos trozos había de brotar una cabeza y unos brazos, propios para atrapar su presa, y devorarla? Que partiéndose esta cabeza en dos, habían de ser luego dos cabezas perfectas? Y que si cada una de ellas se volviese



á subdividir, serían quatro cabezas, y luego ocho etcétera! Lo mismo sucede con el cuerpo, por que puede multiplicarse, y conservar solo una cabeza. Todavía hái más: pues si se vuelve un Pólipo lo de dentro á fuera, como una calceta; no por eso dexará de digerir, y vivir como antes. Nada es más parecido á una vegetación. Se observan en sus cuerpos unas ligeras excrescencias, en número de 18, como otros tantos botoncitos, los cuales vienen á ser otras tantas cabecitas de Pólipos, que no tardan en sacar sus brazos respectivos: y estos nuevos Pólipos, aun antes de acabar de crecer, dan la existencia á otros; de suerte que un padre es ya avuelo antes de acabar de engendrar a su primogénito. Quando un Pólipo ha tomado alimento, este se distribuye en todos los demás, como n los gajos de una planta: lo que se echa de ver en el color de la comida. Así que, un grupo de Pólipos es como un vegetal, que se nutre, se mueve, y se propaga.



XVIII

El páxaro *Mosca* es la mas pequeña de las Aves. Sus pies son mui cortitos, por lo que voltea continuamente sobre las flores para libar su xugo. Es propia de la América. Los colores de su sus plumas son tan ricos, que se puede decir que la Naturaleza las ha esmaltado con polvos de rubí, topacio, esmeralda y zafiro.



XIX

La Lombriz solitaria: el Gusano de la seda: la Luciérnaga: las Efemeras...

XX

Ese asombroso número de ojos, etc.

Las Moscas, escarabajos, Mariposas, y otros insectos, tienen como unas redcillas, compuestas de ojos, recortados en facetas, como el diamante. Lervenhoeck calculó, que había 3181. en un Escarabajo: 8000, en una Mosca ordinaria: 6226, en un Gusano de la seda: y 34.650 en una Mariposa. Algunos Naturalistas, después de limpiar sutilmente la superficie interior de esta red de ojos, la han colocado en un microscopio, en vez de lente, y dirigiendo la vista á una vela encendida, han visto una maravillosa multiplicación de la luz. Así, un soldado, que mirase por este medio á otro soldado, vería un ejército de 17325 guerreros.

XXI

Qua pinus ingens, albaque populus
Umbram hospitem consociare amant





Ramis, et obliquo laborat
Lympha fugax trepidare rivo.

Horat. Carm. Lib. 2. Od. 3.







ÍNDICE







Introducción.....	7
Advertencia del traductor	17
Canto Primero	21
Canto Segundo.....	47
Canto Tercero.....	73
Canto Cuarto.....	101
Notas a los Cantos	127



